

A woman with dark hair and dramatic makeup is wearing a long-sleeved, deep red, form-fitting dress with a plunging V-neckline. She is looking towards the camera with a slight smile. The background is a dark, starry night sky with a large, textured, reddish-brown planet in the upper left corner. Several bright stars with lens flare effects are scattered across the scene.

UNA NOCHE

*Contigo*

**CHRISTIAN  
MARTINS**

UNA NOCHE  
Contigo

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN AGOSTO 2017**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS

“Mi madre siempre decía que cada estrella del firmamento pertenecía a un amor que lo intentó, pero no lo logró...”

## **AGRADECIMIENTOS**

Gracias al grupo de Las Chicas de Christian Martins  
(Facebook) que persiguen este sueño junto a mí.

# Resumen

## Una Noche Dorada

Después de pasar una larga temporada en Zúrich, Arianna Townsend por fin regresa a su hogar: Castle Combe.

En la mansión de Manor House no ha cambiado casi nada: sus hermanas siguen como siempre, su padre continúa inmerso en sus negocios y en la política y su madre procura poner paz allá por donde pasa. Todo sigue igual, excepto un nuevo elemento: Jason.

Aunque la joven Arianna tiene muy claro lo que espera de los hombres y quiénes pueden aspirar a estar a su altura, no podrá evitar perder la cabeza por Jason, el nuevo chófer que ha contratado su padre, y sentir emociones contrariadas que la confundirán.

Además, Steve Lowell, la mano derecha de su padre, parece dispuesto a conquistarla por encima de cualquier cosa y Markus, un pobre chico al que Arianna le rompió el corazón durante su estancia en Zúrich, ha perdido la cabeza completamente por ella y se siente desesperado por recuperarla.

La Noche Dorada está teniendo lugar en la mansión y todas las caras conocidas de Inglaterra se hayan presentes. Nada puede salir mal, o eso pensaba Franck Townsend cuando la organizó...

# 1

Markus sacó un Lucky Strike de la cajetilla de tabaco que había ocultado en la guantera y se lo encendió mientras sujetaba el volante con una mano.

Sentía el corazón a cien por hora latir en su pecho y no lograba tranquilizarse de ninguna manera. Aspiró una larga calada y miró a Arianna, que viajaba en el asiento copiloto en calma; hacía rato que se había resignado.

La situación era la siguiente; había viajado desde Zúrich a Inglaterra, había secuestrado a Arianna y ahora se encontraba, en un vehículo robado, huyendo de Castle Combe y sin ningún rumbo fijo.

Miró a la chica dorada que tenía a su lado y la ansiedad se disipó en cierto grado; la amaba, de eso estaba seguro.

— Markus, mi hermana no está contigo, ¿verdad?

El chico bajó las dos ventanillas para que se formase una corriente de aire. Necesitaba despejarse y pensar con claridad.

— Por favor, respóndeme.

La voz de Arianna sonaba dulce y tierna; del mismo modo que había sonado en cada encuentro fortuito y pasional que habían tenido Zúrich.



Markus aspiró otra profunda bocana de nicotina antes de responder.

— No.

Ella se quedó mirándole fijamente mientras un sentimiento de alivio y de decepción se formaba en su conciencia. Grace estaba bien, estaba a salvo pero... ¿y ella?

Nada más pisar Inglaterra, Arianna había sospechado que algo no iba bien con Markus. No era normal el acoso y los mensajes que estaba recibiendo por su parte, pero jamás creyó que aquel chico inseguro con el que había mantenido un romance en Zúrich podría llegar tan lejos.

Suspiró hondo, relajándose, y clavó la mirada en las líneas blanquecinas de la interminable autopista mientras se preguntaba cómo demonios podría resolver aquello sin armar ningún escándalo. Lo último que su padre, Franck Townsend, necesitaba era un secuestro o una desaparición si no quería convertirse en la comidilla de la prensa londinense.

Markus siempre había sido un chico manejable, muy moldeable, y no pudo evitar preguntarse si aquel embrollo podría solucionarse con las palabras adecuadas.

— ¿Sabes a dónde vamos? ¿Tienes un plan?

Se giró hacia él y pudo observar la confusión patente en su rostro.

Markus tiró la colilla del cigarrillo por la ventana y sacudió la cabeza, dubitativo.

— ¿Acaso importa? — respondió al final.

Arianna sonrió con malicia.

— Markus, sé que eres un buen chico y que no pretendes nada malo — murmuró en voz baja — , ¿pero de verdad piensas que nadie va a venir a buscarme? ¿Qué

esto no saldrá en los telediarios y en los periódicos? ¿Qué la policía no te buscará?

El muchacho aminoró la velocidad y se giró hacia ella.

— No podía perderte — confesó con la voz herida — , no podía estar sin ti.

Ari observó el marcador de velocidad y comprobó que viajaban a tan sólo ochenta kilómetros por hora — algo impensable si el chófer hubiera sido Jason — por la autopista.

— Da la vuelta y haz las cosas bien, Markus.

Él se pasó la mano por el cabello antes de devolverla al volante, sin responder.

Parecía no entrar en razón, pero ella seguía convencida de que, tarde o temprano, sus palabras terminarían haciendo efecto. Al fin y al cabo, Markus tan sólo era un chiquillo mimado que seguía en la universidad y que no tenía nada claro en la vida.

Él pisó el acelerador y la aguja del velocímetro ascendió con rapidez.

Tenía que concentrarse e ir paso a paso si quería que todo saliera bien. Observó a Arianna tiritar de frío y estrecharse entre los brazos y subió las ventanillas mientras pensaba que, lo primero de todo, debía ser encontrar un lugar seguro donde pasar la noche. Un motel, quizás, donde un chico desaliñado y una princesa de oro no llamasen demasiado la atención.

Una vez allí, podría pararse a pensar con mayor tranquilidad...

— Mi padre no parará hasta encontrarnos — amenazó, cansada.

## 2

Cuando la subasta benéfica se encontraba a pocos minutos de comenzar, Viviane abandonó el salón para salir en busca de sus dos hijas. La noche, a pesar de todos los esfuerzos invertidos en ella, estaba resultando un verdadero fracaso total.

¿Dónde se habrían metido Arianna y Grace?

Y además, a la desaparición de sus hijas, debía sumarle la borrachera de Rose; que no podía ni mantenerse en pie sin ayuda.

Franck debía de estar hecho una furia, pero ¿cómo reprochárselo? Aquella gala era realmente importante para él y todas y cada una de las personas que estaban presentes lo sabían — incluidas sus hijas — .

Paseó por los jardines con la luna llena fulgurando sobre su cabeza cuando encontró a Grace, sentada cerca de la fuente del jardín, con el rostro empapado en lágrimas.

Aunque Grace no era precisamente una señorita de la alta sociedad, Viviane quería a todas sus hijas por igual y respetaba la personalidad y la forma de ser de cada una.

Sigilosamente, caminó hasta el banco y se sentó junto a ella.

— Ya sabes cómo es Rose — dijo, evidenciando lo evidente.

Grace se secó el rostro y la miró fijamente.

Odiaba aquella gala, odiaba aquel vestido y odiaba todo lo que su familia significaba y representaba.

— Sí — respondió con un tono de desdén — , ya sé cómo es Rose. Pero eso no le da derecho a nada.

Viviane estiró la mano hasta tocar la rodilla de su hija y ésta, inconscientemente, se retiró.

— No quiero falsedades, mamá.

— No son falsedades — musitó, herida por la dureza de su tono de voz — , no quiero que os llevéis un mal rato.

Grace la miró a los ojos, fijamente.

— ¿No quieres que nos llevemos un mal rato? — repitió, asqueada — , ¿de verdad? ¡Claro! ¡Todo se resume a eso!

Viviane la escrutó, sin comprender.

—¡ No quieres que nos llevemos un mal rato...! ¡Porque si tu hija la rarita no está en la subasta, ya tendrán un cuchicheo con el que entretenerse...!

— No se trata de eso.

Se miraron fijamente, como si ambas quisieran descubrir la verdad que se ocultaba tras sus retinas.

— Sí se trata de eso, mamá. Siempre se ha tratado de eso.

Echándose a llorar de nuevo, Grace se levantó del banco y echó a correr hacia la entrada de Manor House sin mirar atrás.

Los años pasaban y sus hijas habían dejado de ser unas niñas para convertirse en mujeres, pero Viviane cada día estaba más cansada, más agotada. Parecía que, por muchos años que pasasen, la guerra que tenían jamás tocaría fin.

Grace siempre había sido diferente a sus hijas pequeñas y siempre había causado

más problemas cuando le había tocado salir a la ciudad. En los años de instituto, las llamadas y los arrestos por borracheras e incluso, drogas, habían estado presentes con constancia. Franck y ella la habían sacado de los peores antros que un padre jamás pudiera imaginar, hasta que, hastiados, terminaron internándola. Aún así, incluso con esas, las llamadas jamás terminaron hasta que Grace regresó a Manor House, bajo su propia custodia.

Arianna y Rose siempre habían resultado mucho más manejables.

Rose no había querido continuar con los estudios, pero había sido una buena hija y había disfrutado organizando cada acto de su padre. En todas las apariciones públicas de Franck, Rose había estado presente, proporcionándole todo su apoyo.

La mediana de sus hijas, Arianna, había resultado más estudiosa, más viva, más inteligente. Aunque siempre había sido una chica mucho más independiente que Rose, jamás había descuidado los valores de la familia. Más bien todo lo contrario.

Pensativa, se levantó y se dirigió hacia la entrada mientras se preguntaba dónde podría encontrarse Arianna.

Si Grace había estado ahí sola... ¿Dónde se había podido meter Ari?

Cuando llegó a la puerta, se encontró con la atenta vigilancia de los dos chóferes que, sin descuidar su trabajo, esperaban atentamente por si alguno de los invitados decidía marcharse.

Se encontraba a punto de regresar cuando se detuvo y dirigió su atención al chico nuevo.

— ¿Jason, verdad? — preguntó.

El muchacho asintió con una seriedad impropia para su edad y Viviane no pudo evitar preguntarse si se encontraba bien.

— Me preguntaba, Jason, si habías visto a mi hija Arianna por aquí...  
— inquirió, con una sonrisa conciliadora — , llevo buscándola un buen rato y no aparece.

El chofer dudó.

La imagen de Arianna Townsend subiéndose a un vehículo con otro hombre regresó con dureza a su cabeza.

Al principio no había sabido qué pensar, pero después todas las piezas habían terminado de encajar en el rompecabezas. Después de un día maravilloso a su lado, Arianna había roto cualquier tipo de contacto entre ambos y había comenzado a evitarle. Aquella misma noche le había despreciado delante de otro invitado y, después, en pleno banquete, había salido al exterior a esperar a alguien.

Jason lo había visto todo con sus propios ojos; la había visto hablar con el chico y marcharse con él en uno de los coches.

— ¿Jason? ¿Has visto a mi hija?

La voz de Viviane le obligó a regresar a la realidad.

No podía contárselo; no podía jugarse su puesto de trabajo y, además, ¿por qué debía a él importarle dónde se encontrara o lo que estuviera haciendo? Arianna y él tan sólo habían compartido dos momentos, nada más.

No significaba nada para él.

— No, señora — respondió al final.

Viviane titubeó unos segundos, pero al final decidió creerle.

— Está bien. Buenas noches.

¿Por qué el chófer había tenido que pensarse tantísimo la respuesta?

Cuando regresó al interior se chocó con la mirada alterada de su marido y supo de inmediato, sin necesidad de comprobarlo, que ni Arianna ni Grace habían regresado a la gala.

Grace se secó las lágrimas mientras la rabia ascendía por su pecho, quemándole la garganta, irritándola.

Rebuscó en los armarios bajo la atenta mirada de Lucy, una de las cocineras que aun habiendo terminado el banquete se había quedado a limpiar y ordenar los cachivaches.

— ¿Puedo ayudarla en algo? — preguntó la empleada.

Grace la calculó un par de años menos que ella.

Se pensó varios segundos qué debía responder y, al final, decidió que le sería indiferente si la chica le contaba algo a sus padres o no.

— ¿Dónde guardáis el alcohol?

Lucy dudó unos instantes, sin saber muy bien a qué alcohol se refería.

¿Acaso se habían quedado sin champán en el salón? ¿Sin vino?

— Dígame qué desean y le encargaré al camarero que...

— No — interrumpió Grace — , lo quiero para mí.

La muchacha titubeó sin llegar a comprender pero, al final, terminó dirigiéndose hacia un armario.

— No guardamos las bebidas alcohólicas en esta estancia así que lo único que puedo ofrecerte es esto — señaló, confusa, sin entender las motivaciones de la mayorde los Townsend — . Lo usamos para cocinar.

Grace se acercó y tanteó la mirada entre las botellas presentes hasta que dio con

una de whisky. Sin meditarlo demasiado, se hizo con ella y sonrió a la cocinera.

— Con esto bastará — aseguró — , buenas noches.

Mientras abandonaba el lugar, se preguntó cuánto tardaría aquella chica en soltar prenda — si es que lo hacía — .

Había decidido que, aquella noche, ahogaría sus penas en una botella e ignoraría al mundo pero, mientras se dirigía a su habitación, su mirada chocó con los ojos verdosos del irlandés que tenían por chofer. Una idea fugaz cruzó su cabeza y se preguntó cómo de caro podría resultarle recuperar un tanto de su rebeldía...

Se acercó a paso ligero, rezando porque a Viviane no le entrase de nuevo la vena de “mamá ejemplar” y saliera en su busca.

Jason la miró, primero a ella y después a la botella de alcohol que aferraba entre sus brazos como si se tratara de un tesoro que debía transportar y mantener sano y salvo. Tenía el rímel corrido y parte del maquillaje se le había borrado por las lágrimas, dejándole la cara a ronchones.

— ¡Jason! — gritó, alterada.

El chico se preguntó si realmente era consciente del mal aspecto que lucía, pero decidió no decir nada.

En lugar de ello, sonrió conciliadoramente y esperó a que Grace también le preguntara respecto a su hermana. En lugar de eso, la peculiar muchacha soltó.

— ¡Vámonos! ¡Tienes que llevarme a un sitio!

El chófer, extrañado, miró a Stewart sin saber qué responder. Cierto era que poco trabajo quedaba por realizar y que seguramente los invitados aún iban a tardar varias horas en partir, pero tampoco podía marcharse y dejar a Stewart allí solo — sin saber apañárselas del todo bien — .

— ¿Y los coches de los invitados? — inquirió, mientras se preguntaba de dónde



vendría la orden que Grace le estaba dando.

¿Era de Franck Townsend o de Grace? ¿Acaso su jefe no le había dejado claro que aquella noche necesitaba sus servicios y que todo saliera a la perfección?

— De los coches de los invitados se encargará él — respondió, señalando a Stewart con el dedo índice.

De pronto, la conversación que había mantenido con Franck rebotó en sus pensamientos y recordó lo mucho que había recalcado en que sus hijas se encontrasen felices con los servicios que él ofrecía. Se preguntó si debía hablar con él antes de abandonar la tarea que tenía entre manos...

— ¿Quieres que avise a mi padre? — preguntó Grace, adivinando los pensamientos del chófer.

Él sacudió la cabeza con rapidez, inquieto.

Aquello no le gustaba nada en absoluto pero... ¿Acaso le quedan más opciones?

Con rapidez, le explicó a su reciente compañero cómo debía desenvolverse para entregar los vehículos y, aún confuso, caminó hacia su coche con Grace pegada a su espalda.

Dudaba seriamente de que Stewart pudiera desenvolverse por sí mismo, pero aquel asunto ya no le concernía, ¿no?

# 3

Cuando Markus detuvo el vehículo, Arianna sintió que el estómago se le encogía. Había visto el cartel iluminado de “MOTEL T & J” indicando la disponibilidad de habitaciones, pero había rezado porque no parase en aquel lugar.

Allí sentada, mientras el frío de la noche se metía en sus huesos para obligarla a tiritar, se preguntó cuáles serían exactamente las intenciones de Markus y si en realidad debía temerle o no.

¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar?

Markus se bajó del coche, cerró la puerta y pataleó contra la gravilla del parking con nerviosismo antes de introducir la cabeza por la ventanilla.

— Como se te ocurra marcharte — amenazó, mientras retiraba las llaves del contacto — , te buscaré.

Arianna no terminaba de tomarse en serio aquellas amenazas, pero creyó que mejor era prevenir que curar y decidió guardar silencio.

Observó a Markus alejarse lentamente para perderse en la recepción del motel. A su izquierda, divisó la hilera de módulos y habitaciones y se preguntó qué sería lo que él pretendía hacer allí; ¿dormir? Porque una cosa tenía clara, no pensaba permitir que le pusiera ni un solo dedo encima.

Valoró, no muy seriamente, la opción de marcharse de aquel lugar; al fin y al cabo, habían tomado la primera salida de la autopista y el hotel se encontraba en la entrada de una carretera secundaria.

¿Cuánto tardaría un coche en pasar por allí y parar?

Desvió la mirada hacia la entrada del motel y encontró a Markus traspasando la puerta; tenía un par de minutos como mucho, tal vez cinco si la recepcionista no se tomaba las cosas con demasiada rapidez.

Se miró los zapatos de aguja plateados y el vestido dorado que con tanto esmero había decidido lucir en La Noche Dorada; con aquel atuendo, sería complicado correr con rapidez, pero aún así, abrió la puerta del vehículo y salió a por todas.

El aire golpeó su rostro en el instante en el que echaba a correr.

Torpemente, logró dejar atrás la gravilla para pasar al asfalto y poder así apoyar mejor los pies. No miró atrás, ni se detuvo, simplemente movió un pie detrás del otro sin pensar en las consecuencias que pudiera acarrearle aquella huida.

Markus salió de la recepción con la llave de la habitación 57 en la mano y una sonrisa tenaz. Por fin la tenía a ella, por fin todo volvía a estar como tenía que estar.

¿O no?

Cuando encontró vacío el vehículo, sintió que la rabia acumulada todos aquellos días regresaba a su interior.

Había dormido en la intemperie, había dejado atrás sus amistades y sus pertenencias, había caminado incluso con las peores lluvias para recuperarla y...

— ¡¡Joder!! — gritó, rabioso, mientras su puño volaba contra el vehículo.

Notó los nudillos de su mano izquierda hundiéndose en el capó del vehículo,

pero ni siquiera aquel dolor fue suficiente para calmar su ira.

Después de valorarlo un par de segundos, su odio y su rabia se fueron disipando. ¿A dónde se pensaba Arianna que podía huir? ¿Pensaba caminar hasta Manor House? ¿Parar un vehículo, quizás? ¿Qué posibilidad había de que un vehículo parase en aquel lugar a aquellas horas tardías?

Echó a caminar calle arriba mientras, la recepcionista, le espiaba por el espejo del cristal y se decía a sí misma que, por alguna razón, todos los tipos raros acababan en aquel hotel.

Ni siquiera se molestó en correr; Ari no era muy rápida y con aquellos tacones sería todavía más lenta de lo habitual.

Cuando llegó a la recta que unía la salida con la autopista, la divisó a lo lejos, caminando a paso ligero mientras se sujetaba el vestido con ambas manos.

A Markus le pareció que estaba llorando, pero desde aquella distancia era bastante complicado confirmar si se trataban de imaginaciones suyas o si, en efecto, lloraba.

Cuando tan sólo le separaron unos metros de ella, gritó.

— ¡Arianna Townsend! ¿Piensas hacerme caminar toda la noche?

Allí no había nadie; ni casas, ni vehículos, ni comercios. Tan sólo una carretera secundaria con un pequeño arcén, nada más.

Ari se giró sobre sí misma para contemplar al hombre que tenía tras ella; sólo les separaba unos escasos metros de distancia y se sentía agotada y exhausta por la caminata. No estaba acostumbrada a andar, menos a correr y todavía menos a hacerlo con tacones.

Y allí... allí no había nada.

Estaba todo sumido en una calma absoluta, una calma casi irreal. ¿A dónde

llegaría con Markus en su espalda corriendo tras ella?

La única opción que tenía era que un coche la viera — los viese — y se detuviese.

Mientras aceleraba el ritmo con todos aquellos pensamientos rondando en su cabeza, apoyó mal el pie izquierdo y el tacón se torció, doblando su tobillo. Soltó un aullido de dolor mientras avanzaba apoyando su peso en la pierna derecha, sin poder ahogar de vez en cuando los quejidos por el dolor que sentía.

¿Se había roto el tobillo?

Suspiró hondo mientras se detenía, exhausta, y encontraba a Markus a tan sólo un metro y medio de distancia de ella. Si alargaba el brazo, podía cogerla, pero él continuaba caminando despacio con aquella sonrisa mordaz impresa en el semblante; era muy consciente de que Arianna no escaparía a ningún lado.

Al final, la joven, alzó los brazos en alto en señal de rendición.

— Lo siento, ¿vale? — dijo en voz alta, sin saber qué como calmar la situación.

Markus llegó hasta ella y, complacido, la agarró del brazo con delicadeza.

— ¿Lo sientes? — repitió con voz neutra.

Arianna asintió con poca convicción y una mueca de dolor.

Sentía la sangre palpar en su tobillo y el dolor era insoportable.

Con una calma arrolladora, Markus se agachó hasta quedar en el suelo de cuclillas y acarició su pie con una delicadeza impropia de alguien que capaz de secuestrar a una persona.

— Descálzate — apremió, mientras volvía a levantarse.

Arianna escrutó con expresión contrariada, sin entender por qué debía descalzarse.

— Quítate los dos zapatos — ordenó.

— ¿Por qué? — murmuró en un hilillo de voz.

Había dejado de correr y el frío volvía a hacer mella en ella. No quería tiritar ni parecer débil, pero con aquel vestido que dejaba su espalda al descubierto, le resultaba imposible.

— Porque te lo estoy diciendo yo.

Sin comprender qué era lo que Markus pretendía, se desató la tira del primer zapato y después del segundo, antes de agarrarlos con la mano derecha y de apoyar la planta de los pies sobre el helado cemento.

Markus la miró, así, descalza, dolorida, despeinada, y por alguna razón sintió pena. Él no quería a aquella Arianna Townsend, si no a la chica segura de sí misma que tiempo atrás había conocido. Quería escuchar sus órdenes, quería sentir que la complacía y que lograba hacerla disfrutar. Quería ser suyo y que ella valorase todo lo que él estaba dispuesto a hacer por ella.

Caminaron hasta llegar al parking de gravilla y Arianna se detuvo en seco, preguntándose si de verdad Markus pretendía que caminara sobre todas aquellas piedrecitas.

Él, al notar que la chica se detenía, se giró.

No fue necesario que Arianna dijera nada, sabía de sobra que la chica refinada y clasista, hija de Franck Townsend, no estaba dispuesta a caminar descalza sobre la gravilla y a destrozarse los pies.

Markus dio un paso atrás y rodeó su cadera.

— ¡Qué haces!

El grito seco de Arianna captó la atención de la curiosa recepcionista que, sin demorarse, volvió a pegarse al cristal para examinar el exterior. En el Motel T &

J no solía ocurrir nada fuera de lo normal — al menos, no en el exterior de las habitaciones — , y las noches podían resultar muy largas y aburridas.

— O te llevo en brazos, o cruzas descalza — señaló, irritado por las reacciones de Arianna — , tú decides.

Ella lo valoró un instante.

La recepcionista se pegó más al cristal y se quedó mirándoles fijamente. Se dijo a sí misma que aquella pareja era de lo más curioso que había visto jamás; ella vestida como una princesa con aquel impresionante traje dorado y él, tan sucio y maloliente. Ni siquiera parecían pertenecer al mismo mundo, pero cuando la chica alzó los brazos para que él la aupase, suspiró hondo y pensó que el amor no conocía de clases ni de ninguna limitación. Él, rodeando la cadera de ella, y ella, rodeando el cuello de él.

Cruzaron el parking en dirección a la habitación 57 y la recepcionista, aún armándose su película particular en la cabeza, se apartó de un salto del cristal al comprobar que otro vehículo entraba en el parking. Lo último que quería era que la encontrasen fisgoneando.

Cuando Arianna tocó el suelo y se liberó de él, sintió un odio asfixiante inundar su cuerpo. No estaba dispuesta a entrar allí con Markus y tampoco estaba dispuesta a pasar la noche en la misma cama.

— ¿Qué pretendes, Markus? — preguntó con el tono de voz elevado.

Él guardó silencio y, segundos después, respondió con una sonrisa; allí estaba su chica, su Ari, con su carácter habitual.

— Pretendo que comencemos de cero.

Ella soltó una risita.

— Vamos a parar esto cuanto antes, ¿vale?

Otra vez su tono de voz autoritario.

— O si no, la situación se desmadrará, Markus. ¿Cómo crees que acabará todo? ¿Te has parado a pensarlo?

Jason detuvo el vehículo sin poder creer lo que estaba observando con sus ojos.

¿De verdad era Arianna? Como confundir a la chica dorada de la noche, con aquel espectacular vestido. Además, el chico con el que se había marchado tampoco pasaba desapercibido con aquella mala pinta.

Grace aferró entre sus manos la botella de cristal y miró a Jason con una media sonrisa en el rostro.

— Ahora regresa, antes de que se haga tarde y mi padre monte en cólera.

Jason no podía apartar la mirada de la escena.

¿Estaban discutiendo? Parecía que mantenían una discusión acalorada, pero tampoco podía estar seguro.

Por primera vez en su vida, sintió un ataque de celos arremolinándose y apoderándose de él. De todos los moteles que había en la zona, ¿por qué narices había tenido Grace que pedirle que le llevase allí?

— ¡Eh, Jason! ¿Me estás escuchando?

Él se giró hacia la mayor de las hermanas, que parecía no encontrarse en sus plenas facultades.

— Márchate antes de que mi padre se entere o perderás tu trabajo, ¿me has escuchado?

— Pero me habías dicho que tu padre...

Ella negó.



— Date prisa y vuelve, no creo que nadie haya notado tu ausencia.

Abrió la puerta del vehículo y se bajó de él con lentitud.

— Mañana recógeme aquí, sobre las doce.

El chófer, una vez más, no respondió.

Se limitó a gesticular levemente con la cabeza y Grace, satisfecha, se dirigió a recepción. Por fin era libre, por fin había escapado de los muros de Manor House, por fin podía ser ella misma.

Miró la botella, que llevaba medio oculta bajo la tela del vestido, y se relamió los labios. Era una pena no tener nada más fuerte que el whisky, pero pensó que sería suficiente para ahogar las penas y dormir tranquila por primera vez durante los últimos meses. Había escapado de la casita de muñecas de Viviane, Rose y Arianna. Había escapado de aquel mundo irreal al que su madre y sus hermanas estaban acostumbradas.

Las palabras de Grace resonaban en su cabeza: “márchate antes de que mi padre se entere o perderás tu trabajo”. Márchate..., márchate. ¡Vete!

Pero no podía moverse del lugar en el que se encontraba mientras seguía observando a la mujer que, de un plumazo, se había hecho con el control de sus pensamientos y su cabeza. ¿Qué pintaba la mediana de los Townsend con un tipo como aquel?

Vio al chico acercarse a ella, mucho, muchísimo. Le hablaba con lentitud, de una manera provocadora y prácticamente sus labios se rozaban. Jason apretó el volante entre sus manos, rabioso, mientras la silueta de Arianna Townsend se perdía en el interior de la habitación número 57.

## 4

“Tienes que marcharte”, “vete”, “regresa a por mí mañana”, “márchate”.

La voz de Grace resonaba una y otra vez en su cabeza.

Revisó el reloj del salpicadero y fue consciente de que habían pasado las cinco de la madrugada y de que, para aquellas horas, todo estaba perdido. Franck Townsend había llamado a su teléfono más de una decena de veces y Jason no había respondido las llamadas ni una sola vez.

Seguía observando la luz encendida de la habitación número cincuenta y siete, esperando pacientemente que se pagase mientras su imaginación volaba y los celos le comían por dentro.

Se repetía, una y otra vez, que aquello no era posible. Sí, podía creerse que Arianna Townsend terminara en una habitación de hotel con el tal Steve Lowell, pero, ¿cómo podía haber acabado con un tipejo como aquel?

Suspiró hondo, aún con los músculos tensos. Llevaba tantas horas apretando el volante entre sus manos que, de la intensidad, había terminado clavándose sus propias uñas en las palmas y haciéndose heridas.

De pronto, la luz de la habitación se apagó.

Desde allí todo parecía en calma y tranquilo. La habitación en la que Grace dormía tenía las cortinas cerradas y emanaba una leve y tenue lucecita que cambiaba de intensidad — seguramente porque se trataba del televisor —, y el resto de las ventanas se encontraban sumidas en la oscuridad y en la más plena calma.

Arrancó el motor del vehículo, desesperado, mientras se recordaba a sí mismo que no sólo había perdido a Arianna Townsend si no que, seguramente, también se había quedado sin empleo.

Se encontraba a punto de abandonar el parking cuando, de repente, un alarido llegó hasta sus oídos e, inconscientemente, se detuvo para clavar la mirada en la habitación cincuenta y siete.

Se bajó del coche de Franck Townsend con el corazón a cien por hora y corrió a paso ligero hasta cruzar el parking y pegar la oreja en la puerta de madera de la habitación.

Guardó silencio, con el único sonido de fondo que su respiración agitada y su corazón desbocado y, cuando fue consciente del acto de estupidez que estaba cometiendo una pequeña lágrima se deslizó por su rostro.

Regresó al coche abatido y arrancó con rapidez.

Se sorprendió al comprobar que la recepcionista aún continuaba despierta y pegada al cristal, observando todo lo que tenía lugar en el exterior.

Se marchó de aquel lugar con el acelerador hundido hasta el fondo y una sensación extraña recorriendo su vientre.

Tenía que olvidar a aquella mujer cuanto antes si no quería terminar mal, muy mal.

Vio cómo la aguja del cuentakilómetros subía con rapidez y una sensación de desahogo lo inundó mientras, a su vez, una pequeña idea surcaba su mente.

Necesitaba desfogarse y necesitaba sacar a la chica dorada de sus pensamientos, así que cogió su teléfono móvil de la guantera y rebuscó en la agenda el número de teléfono de Lucy.

Cuando desvió la mirada para pulsar el botón de llamada, el vehículo se le descontroló varios metros y la adrenalina le hizo aumentar los latidos de su corazón. La voz de la chica al otro lado de la línea captó su atención.

— ¿Jason?

Sonaba dormida, y no era de extrañar dadas las altas horas de la madrugada.

— ¿Te apetece que nos veamos? — preguntó, directo al grano.

Lucy no respondió de la misma, seguramente confusa.

En la última semana, Jason había evitado cruzarse con ella y prácticamente no le había visto. Además, habían pasado las cinco de la madrugada y su madre estaba en casa.

— No creo...

— Me apetece verte, Lucy — cortó, dispuesto a conseguir lo que se proponía

— . ¿Qué te parece si voy a tu casa?

Se conocían desde hacía muchísimos años y Jason sabía donde vivía.

— Está mi madre — respondió, somnolienta.

Eso también lo sabía, pero le daba igual.

— Sal de casa en diez minutos, te estaré esperando.

Sin darle tiempo a responder, a negarse a protestar, colgó el teléfono.

Aceleró más el vehículo y observó cómo la aguja subía más, y más...  
Doscientos, doscientos diez por hora...

Bajó las ventanillas para que el aire rozara su rostro mientras la adrenalina subía, pero Arianna seguía metida en su cabeza.

— ¡¡Joder!! ¡¡Joder!! ¡¡Joder!! — exclamó, golpeando el volante con ira.

Lo único que quería era olvidarla y pasar página.

Llegó hasta la casa de Lucy en tres minutos, menos de lo que cualquier persona con dos dedos de frente hubiese tardado, y esperó. Esperó y esperó y, cuando Jason estuvo seguro de que no saldría al encuentro, de repente apareció.

Iba ataviada con unos pantalones vaqueros y una sudadera que se estrechaba con los brazos alrededor de su tronco para cortar el frío helador de la noche. La vio pararse y mirar a ambos lados, seguramente preguntándose dónde estaría él.

Jason pulsó la manecilla que accionaba las luces largas del vehículo, cegando a Lucy. De inmediato, la joven cocinera de Manor House echó a caminar hacia el vehículo antes de entrar por el asiento del copiloto.

— Hola, Jason — saludó, mientras soplaba sus manos, esperando que así entrasen en calor.

Después las dirigió a su pantalón vaquero y se las frotó con nerviosismo, preguntándose por qué demonios habría aparecido allí a aquellas horas tan tardías.

— Hola, Lucy. ¿Qué tal estás?

Ella clavó la mirada en Jason y fue consciente de por qué se encontraba allí y qué era lo que deseaba. No tenía buen aspecto y parecía cansado, pero aún estaba atractivo y sensual, como siempre.

— Bien, ¿y tú?

Miró de reojo en dirección a su casa, preguntándose si su madre se habría despertado o no cuando la mano de Jason se posó sobre su rodilla. Descendió levemente hasta su cintura y, sin esperar, desabrochó el botón de su pantalón.

— ¿Te apetece...?

Ella asintió, sin decir nada en voz alta, mientras la excitación aumentaba entre los dos.

Notó a Jason extraño y supo de inmediato que algo le pasaba, pero no dijo nada; en su lugar, se dejó hacer y disfrutar.

Notó la mano del chófer introduciéndose por encima de sus braguitas mientras la humedad de su sexo aumentaba. Descendió la mano y separó sus labios vaginales para buscarla, con rapidez, e ir directo al grano.

Las cosas con él no solían funcionar de aquella manera, pero estaba dispuesta a lo que fuera con tal de pasar un rato entre sus brazos.

Jason pellizcó levemente su clítoris entre los dedos y Lucy echó la cabeza hacia atrás para gemir de placer.

Se encontraban aparcados lejos de las farolas y ninguna luz alumbraba el habitáculo del vehículo, de manera que no corrían ningún riesgo de ser vistos. Aún así, la chica no terminaba de sentirse del todo cómoda tan cerca de su casa — y de su madre — .

Sintió la mano del sexy y atractivo chófer irlandés que tenía enfrente moviéndose con rapidez y habilidad mientras la temperatura entre ellos ascendía.

Retorciéndose, gimiendo, Lucy se quitó la sudadera y Jason aprovechó para deslizar la otra mano a través de la camiseta de la chica para atrapar sus pechos y masajearlos.

Ella, excitada y acalorada, se inclinó hacia delante para poder palpar su pantalón

y notó la dureza de su miembro bajo la tela, preparado para penetrarla y hacerla suya.

— Quítate el pantalón — musitó con voz ronca y la respiración agitada mientras se lanzaba a sus labios para besarla.

Lucy obedeció.

Incómodamente, logró zafarse de los vaqueros y de las braguitas para quedar allí, desnuda de cintura para abajo con el sujetador levantado y la camiseta aún puesta.

Con un gesto silencioso, Jason le indicó que cruzase hacia los asientos traseros y Lucy, agitada, obedeció.

Desde detrás, contempló cómo el chico se deshacía de los pantalones negros del uniforme y después, con su erecto, duro y gran pene al aire, pasó hacia tras para sentarse junto a ella, con las piernas abiertas.

Jason suspiró levemente y Lucy comprendió, de inmediato, qué era lo que quería.

Se arrodilló entre sus piernas y comenzó a lamer su miembro, primero desde la base, ascendiendo suavemente hasta alcanzar su húmedo e hinchado glande.

Notó el calor que irradiaba y lo chupó, lamió y humedeció aún más antes de introducirse por completo en su boca. Él sujetó su cabeza, agarrándola levemente del cabello, para incitarla a subir y bajar, chupándole, proporcionándole todo el placer que éste necesitaba en aquellos instantes. Notó el calor de la respiración de su nariz contra su piel y cerró los ojos, permitiéndose disfrutar.

Sin quererlo, la imagen de Arianna Townsend regresó a su cabeza. Había observado tantísimas veces la imagen que había captado con su teléfono, que era

capaz de reproducirla en su imaginación con total perfección. Su piel ligeramente bronceada, sus cabellos castaños y ondulados, sus pechos grandes, perfectos, sus curvas... Tan perfecta, tan bella, tan irreal.

La excitación aumentó salvajemente mientras Lucy subía y bajaba, lamiendo cada vez más rápido y atragantándose de vez en cuando con la ferocidad de su acto.

Estaba a punto de alcanzar el orgasmo cuando tiró de su cabeza hacia detrás, obligándola a detenerse en el acto.

Lucy alzó la mirada hacia Jason y sonrió levemente, sin saber qué era lo que deseaba que hiciera.

— Siéntate tú — le pidió, levantándose del asiento.

Quería penetrarla, quería disfrutar hundiéndose en ella igual que había disfrutado con Arianna el día que habían pasado juntos en el cine de su padre.

El último día que habían pasado juntos...

Ella obedeció y se sentó, abriendo levemente las piernas para facilitarle el acceso a su interior.

Jason, inclinándose sobre el cuerpo de la joven, deslizó el cinturón por el cabecero de los asientos traseros con maestría y murmuró.

— Levanta los brazos, voy a atarte.

A Lucy le encantaban aquellos juegos con él.

El chico pelirrojo con ojos verdosos que tenía delante era capaz de volverla loca de placer con tan sólo una mirada, pero cuando se centraba en ella...., entonces era algo más que la locura, era una demencia total.

Obedeció y se quedó inmóvil mientras Jason la ataba con rapidez alrededor del



reposacabezas.

Él, hambriento, observó a la chica que tenía allí delante, dispuesta a concederle cualquier cosa que deseara y se preguntó porqué no era capaz de conformarse con Lucy, porque no podía sacarse a la chica dorada de su cabeza.

Se colocó el preservativo con destreza y, alterado, agarró con ambas manos la cadera de la chica, alzando su cuerpo hacia él para penetrarla de una estacada.

Lucy notó cómo Jason la atravesaba y la partía en dos mientras el cinturón aprisionaba y rozaba sus muñecas. Sentía una sensación que intercalaba el placer con el dolor y aquello la encendió aún más.

Jason continuó con las fuertes embestidas, una detrás de otra sin detenerse mientras alzaba su cuerpo en el aire y quedaba suspendida únicamente por la cuerda del cinturón.

Gritaba, dolorida y estimulada, mientras su voz se mezclaba con los gemidos roncros y acalorados de Jason. Tenía los ojos cerrados, la mandíbula tensa y los músculos de los brazos tirantes, sujetando todo el peso de Lucy y apretándole las nalgas mientras entraba y salía, cada vez más rápido, más intenso... Los gritos de placer de ambos, el sudor, el olor a sexo impregnando los cristales empañados del coche...

El orgasmo atravesó el cuerpo de Lucy, que contrajo sus paredes vaginales succionando en su interior el pene de Jason y provocando que éste también alcanzase el éxtasis.

El grito ahogado de placer que abandonó la garganta del irlandés hizo que la chica suspirase, enamorada y satisfecha con el rato salvaje que habían pasado juntos.

Después, sin decir nada, se apartó de ella y recuperó del asiento del piloto sus bóxers y su pantalón del traje.

Lucy, aún atada, sonrió.

— ¿Piensas dejarme aquí? — preguntó con la voz tierna y dulce.

Cuando escuchó su voz y la miró, fue consciente de lo mucho que había deseado que aquella mujer fuera la mandona de las Townsend y no Lucy Trebolt.

Deseó también conocer con exactitud quién era el hombre con el que había entrado en aquella habitación, la cincuenta y siete, y qué era lo que había sucedido entre ellos. ¿Había disfrutado más con él? ¿De verdad prefería que la tocara otro?

— ¿Jason?

Una vez más, la voz de Lucy le obligó a regresar a la realidad y procedió a desatarla, confuso por cada pensamiento de cruzaba fugazmente su mente.

Ella se quedó inmóvil, sin entender el repentino comportamiento del chico.

— ¿Te encuentras bien, Jason?

El chófer asintió levemente.

— Vístete, ¿vale? — dijo, al fin, sin molestarse en mirarla a la cara — , tengo que marcharme.

Lucy, aún desnuda de cintura para abajo, se quedó mirándole con el ceño fruncido.

— ¿Quieres que me marche ya?

Jason abrió la puerta y salió del vehículo para airearse, sintiéndose tan confuso como la chica que se encontraba en su interior.

— Sí, lárgate.

La dureza de su voz no dejó lugar a replica.

## 5

Steve Lowell aceptó uno de los exquisitos puros que Franck le ofrecía.

Eran las seis de la mañana, todos los invitados habían abandonado la mansión de Manor House y los alrededores se encontraban en calma. Aspiró una calada del habano y expulsó el aire con lentitud mientras escrutaba con un gesto de repugnancia al raquíptico chico que pataleaba con nerviosismo contra la madera del suelo.

Franck Townsend golpeó con desesperación la mesa de su escritorio y Steve supo que comenzaba a impacientarse.

— No te preocupes, la policía no tardará mucho en llegar.

El pobre hombre no lograba asimilar todo lo que había sucedido aquella noche.

La Noche Dorada debía de haber sido perfecta y se había desvivido en cada preparativo, pero parecía que el destino no estaba de su parte. Además, no terminaba de comprender qué era lo que había sucedido, pero dudaba que Stewart, el chico que había contratado para compaginar las tareas del chófer nuevo, estuviera diciendo la verdad.

— Señor, ¿cuándo podré marcharme?

Franck lo miró con desdén.

— Cuando venga la policía y prestes declaración — soltó, hastiado con la situación.

Según el criajo que tenía delante, Grace se había fugado con el chófer.

No dejaba de repetir una y otra vez que había sido su hija la que le había pedido que la llevase a algún lugar, y aunque de Grace podía esperarse cualquier cosa, rezaba porque aquella historia no fuera cierta para evitar un escándalo.

— Vuelve a contarnos lo que ha sucedido — inquirió Steve Lowell, que podía notar la preocupación en el semblante cansado de su jefe.

El chico dudó.

— La señorita Townsend le pidió a Jason que la llevase a algún lugar.

— ¿A qué lugar? — repitió Lowell.

El muchacho tartamudeó, nervioso.

— Yo no..., no sé, no lo dijo.

— ¿No lo dijo o no lo escuchaste?

Stewart, cada vez más nervioso, se encogió de hombros.

— No lo sé, no estaban cerca de mí y...

— ¿Y si no estaban cerca de ti cómo puedes estar seguro de lo que le dijo la señorita Grace?

— Me..., bueno, me pareció escuchar que Franck Townsend había dado la orden directamente para que Jason fuera relevado de su puesto y acompañase a la señorita Grace a...

— ¿Te pareció?

El chico asintió con nerviosismo, agitando la cabeza con rapidez.

— ¿Y es eso lo que le vas a contar a la policía? ¿Qué “te pareció”? — repitió, imitando la voz del muchacho.

Sabía que, si aquella declaración se hacía pública, la campaña llegaría a su fin con aquel escándalo. “Hija del político y empresario Franck Townsend desaparece tras la gala benéfica en Manor House junto a uno de los chófer de la familia”... Podía imaginarse los titulares de la prensa a la perfección, y aquello no tenía buena pinta.

— No lo sé — musitó el chico, cada vez más asustado.

Franck Townsend se levantó de su silla, imponente.

— Chico, ¿qué es lo que sabes con seguridad?

Tenía la voz timbrada de preocupación y parecía dispuesto a cualquier cosa porque todo aquel asunto terminase cuanto antes.

Stewart carraspeó antes de responder, aclarándose la garganta. Sentía la boca sin saliva y le costaba respirar con normalidad.

— Sé que la señorita Grace se marchó con Jason en el vehículo familiar.

— ¿Sabes con certeza si ella solicitó aquel servicio?

— No.

— ¿Podrías jurar que Jason no la obligó a subir al vehículo?

Stewart tragó saliva, cada vez más nervioso.

Sabía perfectamente que Jason no había obligado a la chica a nada y sabía perfectamente qué era lo que había escuchado, pero también sabía lo que su jefe

quería escuchar.

— Bueno..., no, no lo sé...

— Muy bien — señaló Steve Lowell — . ¿Y podrías decir si Arianna Townsend habló con Jason?

— No.

— ¿Sabrías decir si Arianna iba en el vehículo junto a Jason y a Grace?

El muchacho volvió a negar.

— Resumiendo — dijo Steve, levantando la voz para que sus palabras calasen hondo en el muchacho — , no sabes nada. Solo viste el coche abandonar Manor House con Grace y Jason en su interior. No estás seguro de si Arianna iba con ellos y tampoco sabes si las chicas iban en contra de su voluntad. ¿Verdad?

— Exacto — señaló Franck, impaciente, mientras las primeras sirenas policiales comenzaban a resonar en el exterior.

El muchacho dudó, pero al final terminó asintiendo.

— Pues eso mismo vas a contarle a la policía si pretendes volver a trabajar en tu vida.

La amenaza de Steve caló hondo en el muchacho que, una vez más, volvió a sacudir la cabeza en señal afirmativa con nerviosismo.

En aquel instante, una Viviane hecha un manojo de nervios irrumpió en la habitación. Saludó con un gesto fugaz a Lowell y después se dirigió a su marido.

— La policía ya está aquí, Franck.

Él asintió, indicándole con la mirada que los hiciera pasar.

La tensión que se respiraba en aquella habitación no pasó desapercibida para

Viviane, pero ya estaba lo suficiente preocupada como para sumarle más, así que decidió abandonar la estancia sin hacer preguntas.

Indicó a jefe de policía que podía pasar al interior y los vio desaparecer mientras, involuntariamente, se deshacía en un mar de lágrimas. Grace ya se había fugado con anterioridad y podía imaginar que después de la pelea con Rose lo hubiera hecho de nuevo, pero Arianna no. Arianna no era así y Viviane sabía que su hija llevaba desaparecida, al menos, desde las dos de la madrugada. Eran demasiadas horas.

Y a todo eso... ¿Quién había robado el vehículo del senador? La noche había resultado un desastre íntegro.

## 6

No se despidió de Lucy, simplemente volvió a subirse en el vehículo y comenzó a conducir sin rumbo. Aquella noche no pretendía conciliar el sueño — sabía de sobra que no lograría dormirse —, así que lo mejor sería mantenerse entretenido.

Tras revisar su teléfono móvil, comprobó que ya llevaba más de veinte llamadas recibidas desde la mansión de Manor House. Era evidente que había perdido su empleo, estaba más que confirmado.

Sin quererlo, se vio aparcado en el parking de gravilla bajo el letrero luminoso de “Motel J & L”, pensando aún en ella, en lo que le había robado y lo que le había hecho sentir con sus falsas esperanzas.

Envalentado, se bajó del vehículo y decidió que lo mejor sería plantarle cara. Al fin y al cabo, ¿qué más daba? Ya lo había perdido todo y en unas horas, cuando regresase a Castle Combe para entregar el vehículo, firmaría la carta de despido. Entonces, ¿para qué morderse la lengua si al menos podía decirle a Arianna cuatro cosas bien dichas y quedarse tranquilo?

— ¿Por qué ha vuelto ese tipo?



Arianna miró a Markus, que estaba pegado a la pared fisgoneando por la ventana.

No sabía de qué tipo hablaba, pero estaba dejando más que evidente el estado de paranoia en el que se encontraba sumido.

— Vienen a buscarme, Markus — replicó ella.

Ella sentada en una silla, al fondo, preguntándose a sí misma cómo acabaría aquella situación. Cuanto más tiempo tardase en regresar a casa, más embrollo se armaría y más perjudicaría a la campaña de su padre.

Desde luego, sabía de sobra que aún era demasiado pronto para que alguien acudiera en su busca, pero quería poner nervioso al chico.

Para Arianna, la familia y Manor House eran lo primero y sabía de buena mano que aquel asunto no pintaba demasiado bien.

— Markus, ven aquí.

La voz desafiante de Arianna captó su atención y el chico se giró para mirarla.

Se acercó con lentitud a ella, sonriente y más apaciguado. Estaba asustado y temía que alguien los encontrara allí, pero poco a poco Arianna volvía a ser la misma chica de siempre y eso le encantaba.

La adoraba. La amaba.

— Ven, Markus — insistió.

Él caminó hasta ella y Arianna se levantó del asiento.

Sin tacones, era bastante más bajita que él, así que tuvo que colocarse de puntillas para quedar a su altura.

— Yo también te he echado de menos — ronroneó en su oreja — , por eso no te

respondía al teléfono.

Markus frunció el ceño y la miró desconcertado, preguntándose qué era lo que le quería decir con ello.

— Hubiese sido demasiado doloroso hablar contigo y no poder verte, ni tocarte.

Le hablaba con voz seductora; la misma voz con la que, en un pasado, había obtenido cualquier cosa de él.

— ¿De... De verdad?

Ella asintió.

— Pero ahora que estamos juntos, podemos hacer las cosas bien.

Markus la miró, sin comprender.

Arianna sonrió débilmente antes de lamer su cuello con sensualidad.

— Tienes que llevarme a Manor House cuanto antes para que mi padre no se preocupe por mí, ¿lo entiendes? — señaló, deslizando por sus pectorales la palma de su mano — . Y mañana volveré, sólo tienes que esperarme en esta habitación.

Notó la duda en su mirada, y continuó.

— Será nuestro escondite, nuestro refugio.

Sintió cómo, poco a poco, una sonrisa iba apareciendo en el rostro de Markus y supo de inmediato que lo había engatusado. Sabía que, de ahí en adelante, aquel chico haría cualquier cosa que ella le pidiera.

Markus acercó los labios a los de la chica y la besó con delicadeza, mientras Arianna, repugnada por el sabor a tabaco que emanaba, se esforzaba por no echarse atrás.

De repente, alguien golpeó la puerta con fuerza y ambos saltaron, sorprendidos, hacía detrás. Se quedaron mirándola, anonadados, sin comprender quién podría llamar a aquella hora de la madrugada.

Aunque Arianna sabía que era pronto para que alguien los hubiese encontrado, Markus no parecía tan seguro. Temblaba con nerviosismo y miraba la puerta, aterrado, esperando a que fuera quien fuese se marchase por el mismo lugar que había venido.

Jason volvió a golpear la puerta, con más fuerza.

Supuso que tanto Arianna como su acompañante se encontrarían dormidos, así que esperó con calma y paciencia y repitió los golpes. No pensaba armar un jaleo a esas horas, eso no. Pero tampoco pensaba marcharse sin decirle cuatro cosas bien dichas.

¿Quién se creía que era aquella mujer para jugar así con la gente? Lo había tratado mal, lo había despreciado.

Escuchó el sonido de unos pasos provenir del otro lado de la puerta y Jason supo que se encontraban despiertos. Aguardó unos minutos más hasta que ésta se abrió, levemente. Tan sólo una rendija pequeña.

— ¿Quién eres y qué quieres?

La voz de un hombre llegó desde el otro lado.

Por unos segundos, dudó de la entereza de aquel acto y estuvo tentado de darse la vuelta y huir, pero no lo hizo. Si había llegado hasta allí, terminaría con lo que había empezado.

— Tengo que hablar con Arianna Townsend.

— ¡JASON!

El grito de la joven llegó, ahogándolo, en el mismo instante en el que la puerta se

cerraba de golpe en sus narices.

— ¡JASON, ESTOY AQUÍ!

Jason dudó; ¿qué estaba ocurriendo allí adentro? ¿Por qué Arianna gritaba de aquel modo?

Volvió a golpear la puerta, esa vez con un nerviosismo implícito. No entendía nada, pero intuía que algo no iba bien.

Escuchó otro grito más y después un golpe seco y todo quedó sumido en un repentino silencio.

Jason, que comenzaba a perder los nervios y la paciencia, volvió a golpear la puerta de nuevo.

— ¡¡Arianna!!

El llanto mudo del hombre que le había respondido al llamar por primera vez llegó a sus oídos.

Algo no iba bien allí adentro; algo estaba sucediendo.

— ¡¡¡Arianna, abre la puerta!!!

Al otro lado, Markus miraba a la chica que amaba con una mueca de dolor grabada en el rostro. La había golpeado para que no gritase, pero en ningún momento había pretendido dañarla..., solamente, callarla.

Miró su cuerpo inmóvil tendido en la maqueta del hotel y se preguntó qué era lo que podía hacer para lograr abandonar aquel embrollo. ¿Cómo iba a salir de aquel lío? Una cosa tenía clara: no podía abandonarla. No podía marcharse sin ella.

Pero los habían encontrado y estaban allí, afuera, esperándoles. Era evidente que

no podía cargar con el cuerpo inconsciente de Ari si pretendía huir...

Con nerviosismo, sacó un pitillo de la cajetilla de tabaco y se lo llevó a los labios. Las tres primeras veces que lo fue a encender, falló, pues el pulso le temblaba convulsivamente y la llama del mechero se extinguía con tanto movimiento.

Cuando logró aspirar una larga calada de nicotina y alquitrán, sintió cómo poco a poco su cuerpo comenzaba a relajarse y los temblores se apaciguaban.

Volvió a mirar a la chica, que tenía un golpe bastante feo en la cabeza. Se preguntó si se enfadaría mucho con él por aquello y rezó porque, al despertar, lo perdonase.

La puerta volvió a sonar, cada vez más fuerte.

— ¡¡La voy a tirar abajo!!

Jason. Así le había llamado Arianna al chico que estaba fuera; el mismo nombre que había escuchado en la llamada telefónica del aeropuerto. Jason.

¿Así que lo había abandonado por él? ¿Qué tenía aquel hombre que él no pudiera ofrecerle?

— ¡¡Si no sales ahora mismo, tiraré la puerta!!

Aspiró otra larga calada mientras en su cabeza recreaba el último beso que se había dado con Arianna, antes de que les interrumpieran. Recordó lo que había dicho: “este será nuestro pequeño refugio” y decidió que, dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio que huir y esperar que, al despertar, Arianna aún recordase su promesa. El refugio.

Otra vez resonaron los golpes secos y Markus, impacientado, decidió que la puerta principal no era una buena opción como salida. Corrió hasta al baño y, costosamente, se deslizó por la pequeña ventana. Escuchó más golpes y más

amenazas, lo que provocó que también descartase la opción de regresar al coche.

Se movió de un lado a otro, intranquilo, hasta que el estrepitoso sonido de la cerradura de la puerta cediendo ante una patada alcanzó sus oídos, paralizándolo en el mismo lugar en el que se encontraba.

# 7

Jason tenía la capacidad de captar todos los detalles que le rodeaban en una misma estancia. Si se concentraba, si tenía los sentidos alerta, entonces nada se le escapaba.

Cuando la puerta cedió a sus golpes, lo primero que divisó fue a la mediana de los Townsend inconsciente, tendida sobre la moqueta de la habitación. Un cigarrillo Lucky Strike encendido se consumía muy cerca de ella, creando un agujero negro sobre el suelo. La cama estaba hecha, nadie la había tocado. La televisión apagada, la puerta del baño abierta.

Se acercó hasta la joven y comprobó que la estancia se encontrase en calma; el hombre que se había encontrado allí minutos antes debía de haber abandonado la habitación por la ventana del servicio.

Arianna parecía estar bien, tan sólo inconsciente.

La tumbó sobre la cama y la observó unos instantes, aún preguntándose qué era lo que había ocurrido allí dentro.

Sin darse cuenta, se quedó embelesado observando cada pequeño detalle de ella. Su piel, su espalda al descubierto, su pelo ondulado, sus pestañas tan largas... Jason no era capaz de entender cómo, incluso en aquel estado, podía ser tan perfecta y única. Estaba seguro de que era la mujer más hermosa que había visto jamás.

Por unos instantes, todas sus preocupaciones se esfumaron de un plumazo. Seguramente perdería su empleo, seguramente tendría graves problemas por haber llevado a Grace hasta aquel lugar. Muchas cosas eran seguras, pero quizás..., bueno, quizás no era tarde para recuperarla y conquistarla.

Se sentó en la silla de la habitación, sin saber muy bien qué era lo que debía hacer en aquel instante. ¿Llamar a Franck Townsend? ¿Esperar a que Arianna recuperase el conocimiento y le diera una explicación? ¿Ir a buscar a Grace?

Tenía varias opciones y, por alguna razón, ninguna le parecía lo suficiente buena.

Se palpó el bolsillo del pantalón y notó el teléfono móvil en su interior. Lo sacó con sigilo, temeroso de que ella se despertara en aquel instante y fuera cazado con las manos en la masa. Abrió la aplicación de la cámara y, desde aquel ángulo, fotografió la espalda desnuda de Arianna Townsend.

Aquel acto prácticamente se estaba convirtiendo en una costumbre, pero sentía una extraña necesidad de inmortalizar aquellos instantes en los que ella simplemente descansaba, dormía, ajena al resto de los seres humanos.

La observaba allí tumbada y le parecía que no era la misma chica obsesa del control, mandona e insoportable que había demostrado parecer en más de una ocasión.

Arianna abrió los ojos con lentitud y parpadeó, procurando recordar los últimos episodios de su vida. Recordaba vagamente la cena de Una Noche Dorada y recordaba todo lo que había sucedido con Markus, aunque ninguno de



esos recuerdos le parecían cercanos, más bien lo contrario. Tenía la sensación de que todas aquellas escenas habían tenido lugar hacía muchísimo tiempo, como si desde entonces hubiesen pasado meses.

Se incorporó levemente, preguntándose cómo narices había llegado hasta la cama y qué hora sería. ¿Qué había pasado con Markus? El golpe y Jason aporreando la puerta de la habitación... Poco a poco todo comenzaba a encajar, como las piezas de un rompecabezas.

— ¿Te encuentras bien, Arianna?

Se giró sobresaltada para encontrarlo en la misma silla en la que ella había pasado varias horas sentada.

Su voz había sonado neutra y pasiva, impropia de él.

— Sí — respondió secamente, mientras se llevaba la mano al golpe de la cabeza.

Seguramente, en unas horas, tendría un buen chichón.

Sintió deseos de darle las gracias y de decirle que se alegraba muchísimo de verla, pero se contuvo y se limitó a sonreír levemente. No quería parecer débil, menos aún, después de la decisión que había tomado respecto a él.

Jason era su debilidad, y sabía que de ninguna manera podría olvidarle si se mantenía cerca de él.

— ¿Quieres contarme lo que ha sucedido?

Ella carraspeó, sopesándolo.

¿Podía confiar en Jason? Algo le decía que sí, pero si aquel pequeño suceso llegaba a la prensa y se exageraba, podría significar el fin de la carrera política de su padre.

Por alguna razón, no quería mentirle, pero tampoco tenía demasiadas opciones.

— No te interesa — escupió, sin pensar.

Debía mantenerse firme y distante si no quería empeorar las cosas.

Jason levantó los brazos en señal de rendición. Aunque no había dejado que sus sentimientos se reflejaran en su rostro, se sentía defraudado, herido.

Se levantó de la silla, intentando no ceder ante aquella mujer y manteniéndose firme.

— Bueno, pues si no hay nada que decir, mejor me voy — dijo, pasivo — , la siguiente dile a tu amigo que apague las colillas, o terminará prendiéndole fuego a la habitación — añadió, mientras señalaba con el dedo la mancha quemada y negrina que el cigarrillo había dejado grabada en la moqueta.

Arianna lo miró mientras una sensación de repugnancia atacaba su cuerpo al recordar a su secuestrador. El olor nauseabundo de Markus, el aliento a tabaco...

El chófer se acercó hasta la puerta y, sin decir nada más, salió.

Arianna se quedó allí varios segundos mientras su cabeza intentaba reordenar de nuevo todos las partes del puzzle. Tenía que regresar a Manor House cuanto antes y, además, tenía que encontrar una explicación para todo lo que había sucedido.

Se levantó de la cama de un salto, sin recordar el tobillo torcido, y soltó un aullido de dolor que Jason pudo escuchar desde el otro lado. El chico se detuvo, sin poder evitar preocuparse por ella, y se giró hacia la puerta mientras sopesaba si debía regresar para comprobar que se encontrase bien o no.

Unos segundos después la puerta se abrió y Arianna Townsend apareció al otro lado, descalza, con la cola del vestido dorado arremolinado en un nudo que sujetaba en la cintura.

— Jason — murmuró, con un tono de voz más amigable que el que había utilizado la noche anterior — , ¿puedes quedarte, por favor?

Sintió deseos de responder que no, que no era su marioneta; pero fue incapaz.

Cabizbajo, tal vez incluso decepcionado por su poco autocontrol, entró en la habitación y regresó a la silla.

Arianna dio un par de vueltas, nerviosa, mientras intentaba pensar con rapidez una solución a todo aquel asunto.

De pronto, se preguntó cómo demonios había podido el chófer encontrarla allí.

— ¿Me estabas siguiendo? — inquirió, desafiante y sobresaltada.

¡No podía creerlo! ¡Aquello sí que no!

No era suficiente con un pirado si no que, encima, le habían tocado dos.

— ¡No! ¡No te estaba siguiendo! — exclamó, levantándose de un salto.

— ¡Por Dios, Jason! — gritó, impactada — . No puedo creerme que...

Él se acercó hasta ella y la agarró por los hombros.

— No te estaba siguiendo, Arianna.

La chica Townsend dudó, sin entender nada.

— ¿Entonces...?

— Anoche tu hermana me pidió que la acercase al motel, me dijo que era una orden de tu padre.

— ¿De mi padre? — cortó, con el ceño fruncido.

Jason sacudió la cabeza. Ya le explicaría aquello más adelante.

— El caso es que cuando llegamos, te vi con un tipo entrar en la habitación.

Arianna dudó, pero al final decidió creerle.

Todavía así, quedaban demasiados cabos sin explicación.

— ¿Y por qué has regresado? Han pasado muchas horas desde que llegamos...

Él guardó silencio mientras procuraba pensar alguna excusa menos bochornosa que la verdad.

— ¿Jason? — apremió ella, confusa.

Al ver que no respondía, se giró dándole la espalda y recogió sus zapatos. Algo no encajaba en aquella historia, estaba mintiéndola.

— Muy bien. Cómo quieras...

Jason suspiró el aire de sus pulmones con la mirada clavada en su espalda.

— Volví porque estaba dolido, porque no podía imaginarte con otro en la cama o, más bien, porque no quería hacerlo. Necesitaba verlo con mis propios ojos, necesitaba decirte que te odiaba, que odiaba la manera en la que habías jugado con mis sentimientos, la manera en la que me has tratado siempre.

Ella se dio la vuelta con lentitud y Jason se sorprendió al ver la sonrisa que lucía su rostro. No era una sonrisa de desdén, era algo diferente. Algo que no lograba identificar.

— ¿Y pensabas irrumpir en la habitación para gritarme todo eso y después marcharte?

Él sacudió la cabeza en señal de rendición.

— Sí, eso pensaba hacer.

— ¿Y por qué lo has dicho en pasado? ¿Ya no necesitas decírmelo?

— ¿Cómo?

Ella ensanchó la sonrisa.

— Has dicho que me odiabas, no que me odias — señaló ante la mueca de confusión del chico — . ¿Has dejado de odiarme, Jason?

Él negó, imitándola la sonrisa que ella lucía.

— Todavía te odio. Odio todo lo que representas. Odio tu forma de ser.

Guardó silencio para coger aire, para armarse de valor.

— Pero por alguna razón, siempre necesito regresar a tu lado — concluyó.

Se quedaron en silencio, mirándose fijamente a los ojos mientras la electricidad que emanaban ambos cuerpos se conectaba entre sí.

Arianna sintió que le temblaban las rodillas y decidió que, lo más sensato, era mantenerse allí inmóvil sin siquiera pestañear. ¿Qué había querido decir con eso? La pregunta era absurda porque, en el fondo, ella sentía lo mismo.

Odiaba lo que Jason significaba: un chófer de baja clase que no tenía ninguna educación. Una escoria de la sociedad, un don nadie débil, que no había luchado por ascender, por lograr crecer en la vida. Pero en el fondo..., en el fondo, aún sabiendo lo poco que le convenía, no podía separarse de él. Necesitaba tenerle cerca.

Jason, aprovechando el arrebato de valentía, estiró la mano y acarició su rostro.

Arianna se tensó ante el contacto de su piel, pero continuó inmóvil. Se acercó un paso a ella, acortando los centímetros que los separaban.

— Dímelo, por favor — susurró Jason, aún con la palma de su mano apoyada delicadamente en su mejilla — , dime que tú tampoco quieres alejarte de mí. Dime que tú también necesitas regresar a mi lado.

Una lágrima se deslizó por el rostro de Arianna hasta chocar contra la mano de Jason.

Él caminó otro paso al frente y pudo percibir el aroma de su perfume, delicado, exquisito como lo era ella misma.

Con lentitud, movió la cabeza de un lado al otro, negando.

— No te creo — protestó, envalentado.

No estaba seguro de aquello, pero tenía que intentarlo.

Debía internarlo.

— No te creo — repitió, una vez más, mientras acercaba su rostro al de ella.

Posó los labios en los suyos y esperó. Esperó una bofetada, esperó un insulto, esperó cualquier cosa, pero aún así Ari no se movió.

Dejó que sus labios se fundieran, que el calor que emanaban se mezclase entre sí mientras las lágrimas seguían corriendo por su rostro. Quería apartarse, quería marcharse, quería terminar con aquella locura. Pero a lo que la cabeza le gritaba “¡no!”, el corazón le suplicaba “¡sí!”.

Jason deslizó la mano que tenía sobre la mejilla de Ari hasta su nuca y, sujetando su cabeza, la acercó más a él. Ella no se resistió, aunque tardó unos segundos en seguirle el ritmo. Después entreabrió la boca permitiéndole acceder a ella y que ambas lenguas bailasen entre sí.

Continuó deslizando paulatinamente su mano hasta llegar a su espalda desnuda. Notó los huesos levemente marcados de su columna vertebral y el arco que formaba su cuerpo mientras la excitación aumentaba más y más en él y el calor abrasaba su interior por completo.

Ella, de puntillas, se pegó un poquito más a Jason; reduciendo la escasa distancia que había quedado entre ambos. Deslizó la mano por su torso, notando sus musculosos pectorales bajo la camisa. Todo su cuerpo era puro músculo, puro morbo.

Descendió hasta llegar al pantalón y se sorprendió al comprobar que su pene ya se encontraba duro y dispuesto.

Arianna notó cómo la respiración se le aceleraba con rapidez, mientras el beso en el que se fundían se alargaba más. Notar su saliva, su sabor, su pasión, sus ansias, sus bocas buscándose con el leve sonido de los dientes al golpearse por las prisas. Por la excitación.

Agitados, mientras sus manos recorrían el cuerpo ajeno del amante, caminaron hacia detrás aún con sus lenguas entrelazadas hasta que llegaron al borde de la cama. Arianna, de espaldas, cayó sobre el colchón soltando una risita traviesa que Jason no fue capaz de ignorar.

Le encantaba todo de aquella mujer, le volvía loco.

Sin poder controlarse, se abalanzó sobre ella, hambriento y descontrolado.

— No, espera — susurró en su oreja — , por favor, esta vez déjame.

Jason se mordió la lengua, reprimiendo la respuesta.

Le gustaba tener el control, le gustaba sentirla tal y cómo él deseaba, pero... Ella era diferente, no era Lucy, era Arianna Townsend. Y con ella había descubierto algo totalmente nuevo; le gustaba todavía más verla disfrutar y buscar su gozo, que el de él mismo.

Se apartó levemente y Arianna se escurrió hacia el otro lado de la cama. Después, sin dejar de sonreír con aquella mirada inocente clavada en él, susurró.

— Desnúdate para mí y yo lo haré para ti.

Con tan sólo mirarla, con tan sólo escuchar su voz sensual, sintió que el corazón se le aceleraba a mil por hora.

Ella, inquieta, se levantó sobre el colchón aguantando el equilibrio, de pie.

Miró a Jason desde aquella altura penetrantemente y el muchacho se estremeció. Desde allí arriba, parecía una reina, una princesa dorada que quería controlar cualquier cosa que la rodease.

Jason se quitó la arrugada americana y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa, aunque no tardó demasiado en desconcentrarse. Ari había dejado caer el vestido dorado sobre la colcha y se encontraba semidesnuda, únicamente vestida con la lencería blanca que llevaba sobre su piel.

Sus piernas estaban cubiertas por unas finas medias doradas que hacían que su piel se intuyese aún más bronceaba de lo que estaba. La escrutó con lujuria y los deseos por tocarla y sentirla aumentaron desmesuradamente.

— Termina de desnudarte, y después podrás terminar de desnudarme a mí.

Sonrió juguetonamente y Jason le devolvió la sonrisa.

Retomó la tarea de desabrocharse los botones por segunda vez. Impaciente y nervioso, tardó más de lo que pretendía porque no era capaz de acertar a la primera con ninguno.

Arianna sonrió ante el nerviosismo del chico, mientras que, lujuriosa, se acariciaba la piel desnuda provocándole. Podía ver en sus ojos la excitación que albergaba, los deseos que tenía de hacerla suya. Y le encantaba.

Jason la volvía loca como ningún hombre había sido capaz de hacerlo.

Mientras el manajo de nervios le impedía desabrocharse el pantalón, observó a Ari, que con una calma propia de la realeza, deslizaba lentamente su mano dentro de las medias.

Sintió que el corazón se le detenía, incapaz de bombear sangre, cuando la vio mover la mano dentro de su sexo, acariciándose, dándose placer a sí misma.

Se terminó de desnudar como fue capaz, aún con cada articulación de su cuerpo



temblorosa, y saltó a la cama con avidez.

Arianna no pudo contener las carcajadas al notar la ferocidad de Jason, que también de pie sobre la cama, se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. Riendo como locos, aguantaron el equilibrio un par de segundos antes de caer, abrazados, sobre el colchón.

Por unos instantes, la chica Townsend sintió algo parecido al miedo. Se sentía dichosa, feliz, y sabía que todo aquello era irreal.

Procurando ignorar sus pensamientos, centró su atención en la sonrisa perfecta del chico que tenía delante.

— ¿Me toca? — inquirió Jason, impaciente.

Ella asintió y él rodeó su espalda con ambas manos, dispuesto a liberar los pechos de la maravillosa mujer que tenía debajo cuanto antes.

— ¡No, no! — exclamó ella entre risitas —. Tiene que ser con la boca — señaló, mordiéndose el labio.

El muchacho, cada vez más fuera de sí, agarró las caderas de ella y la giró, dejándola de espaldas sobre el colchón. Escuchaba la risa traviesa y juguetona de Arianna y todos sus pensamientos se esfumaban de golpe, centrándose tan sólo en ella.

Con los dientes, agarró el cierre del sujetador y tiró de él con fuerza, intentando liberarlo; pero era imposible. Al tirar de una parte, la otra se levantaba con la misma y, para colmo, los nervios no le permitían actuar con demasiada destreza. Lo intentó una segunda vez, y una tercera, mientras sentía el trasero semidesnudo de Arianna Townsend restregándose en su erecta entrepierna. Al final, logró liberarlo, y aún con las carcajadas de ella de fondo, descendió rectando hasta su trasero.

Liberarla del sujetador era una cosa, pero quitarle las medias con la boca, era algo muy diferente. ¿Cómo narices iba a hacerlo?

Ella se giró, de pronto, quedando bocarriba sobre el colchón. Tenía la sonrisa impresa en los labios y Jason, incapaz de resistirse, se acercó hasta su rostro y la besó con sensualidad y pasión.

El beso, húmedo y caliente, perduró hasta que Arianna cortó el contacto.

— Venga, continúa... — le apremió, traviesa.

— Me lo estás poniendo muy difícil... — respondió, mientras besaba su cuello.

Iba directo al ligero cuando, de pronto, se chocó con sus firmes y grandes pechos, totalmente expuestos para él.

Ignorando los deseos de ella, se lanzó a por su pezón derecho y comenzó a succionarlo y besarlo, lamerlo y morderlo, mientras los gemidos roncós de placer de Arianna Townsend inundaban la habitación estremecedoramente.

Al igual que había hecho con el sujetador, evitó utilizar las manos y hundió su rostro en sus senos, extasiado y desenfrenado. Cada vez con más fuerza y con más ansia, continuó succionándolos y chupándolos mientras sentía cómo se endurecían bajo el contacto de su saliva.

El grito de la chica Townsend le reveló que ella se encontraba tan excitada como él. Varios segundos después, cuando notó el dolor de su pene y el calor que sentía por desfogarse, continuó descendió por su cuerpo hasta alcanzar su sexo.

No se encontraba, precisamente, tranquilo; así que evitó las delicadezas que había tenido anteriormente y, agarrando la media entre sus dientes, tiró de ella hasta que esta se desgarró. Continuó tirando, ansioso, nervioso, mientras observaba los húmedos labios de Arianna y sus ojos penetrantes clavados en él.

— Ya puedes tocarme... — murmuró con un hilillo de voz.

Ari se moría de ganas por sentirle, por tenerle, y tenía la sensación de que aquel juegucito se estaba alargando más de lo necesario. Quería que la penetrase, que la hiciera suya de una vez por todas.

Jason negó con la cabeza, conteniendo el deseo que sentía de lanzarse a por la chica.

— ¿No? — repitió ella, sin comprender, mientras el chico se levantaba levemente y se tumbaba a su par, bocarriba.

Arianna se incorporó levemente para escrutarle.

— No — confirmó Jason — , ahora te toca a ti.

Ella sonrió, dispuesta.

Se incorporó aún más y colocó las manos sobre sus duros abdominales unos segundos, hasta que comprendió que aún llevaba los cachitos de media en las piernas y en tanga de encaje. Se terminó de desnudar ante la atenta mirada del sexy irlandés que tenía a su lado y, después, volvió a colocar las manos en su musculado torso.

— No — repitió Jason, divertido — . Solo con la boca.

Ari ensanchó la sonrisa de su semblante.

Comenzó besando su pierna y poco a poco fue subiendo hasta su duro miembro. Lo lamió y se sorprendió de lo erecto, grande y dispuesto que estaba... Y de las ganas que ella tenía de que sus cuerpos se fundieran. Se introdujo su húmedo glande en la boca y comenzó a lamerlo mientras el rostro descompuesto de placer que Jason lucía captaba su atención.

Estaba disfrutando, gozando... Y a ella le gustaba hacerlo; darle placer.

Siguió chupando y lamiendo mientras Jason, cada vez más desesperado, se

moría de ansias por penetrarla. Al final, intranquilo, se levantó apartándola para agarrarla de la cintura. La sentó sobre él, lentamente, mientras sus ojos se miraban fijamente, salvajemente. Se clavó por completo en ella e, inmóvil, dejó que Arianna comenzara a balancearse con parsimonia, estallando en éxtasis y placer.

Sus curvas, su cuerpo... Su rostro impregnado en placer y en pasión.

Cuando no soportó más su salvaje movimiento, estalló en un orgasmo que nunca antes había sentido. Arianna le siguió segundos después y ambos se quedaron abrazados, asimilando lo que había sucedido, mientras unos ojos curiosos los espiaban desde la ventana.

## 8

La sonrisa traviesa de Arianna había desaparecido. Igual que sus carcajadas, que sus miradas tiernas.

Jason no entendía nada, no lograba entender aquellos cambios de humor tan radicales.

Estaban en la ducha, abrazados, desnudos. Todos los sentimientos que él albergaba conformaban algo muy similar a la felicidad plena, pero ella no parecía compartir aquel estado anímico con él.

Jason la escrutó levemente mientras le enjabonaba la espalda y sintió que, de pronto, se había tornado triste y taciturna.

— ¿Estás bien? — preguntó, dubitativo.

Ella asintió con un silencioso movimiento de cabeza.

En realidad, estaba bien y no le ocurría nada, pero... Pero había vuelto a caer en la tentación, había vuelto a complicar las cosas y cada vez tenían peor pinta. Además, para colmo, aquella era la primera vez que compartía algo tan íntimo como un baño con un hombre. Con Jason todo estaba resultando diferente y difícil y tenía la extraña sensación de que aquel asunto estaba muchísimo más desmadrado de lo que ella quería admitir y asimilar.

Cerró los ojos y alzó el rostro, empapándose por completo mientras Jason la

aprisionaba entre sus brazos.

— No te creo — musitó él, sin saber si hacía bien insistiendo.

¿Tal vez debía obviarlo?

Ella volvió a negar, sin añadir nada en voz alta.

¿Por qué demonios se sentía tan bien allí? ¿Entre sus brazos? ¿Por qué no podía alejarse de él y ya está? Centrarse en Steve Lowell o en cualquier otro pretendiente más apto para su clase.

Por unos instantes, sopesó la posibilidad de que aquel romance continuase... ¿Qué era lo peor que podía ocurrirle si se enteraban de aquello? Había sucedido en repetidas ocasiones y el escándalo no duraba demasiado sin perderse en el olvido; era una de las ventajas del siglo XXI.

Aún con los ojos cerrados, sintió la caricia de Jason recorriendo su cabello y sus dedos enredándose en un mechón que caía en su espalda.

Sonrió con ternura cuando abrió los ojos y se chocó con el iris castaño y verdoso del chófer irlandés.

— ¿Sabes que aún no sé cómo te apellidas?

Arianna suponía que, para él, el apellido no significaba nada; pero en su familia ser una Townsend lo era todo.

— Me apellido O'Brien — respondió — . ¿Por qué?

Ella sacudió la cabeza, restándole importancia.

Jason sintió el cuerpo menudo de Arianna entre sus brazos y tuvo la sensación de que aquella chica no era la misma que había conocido. Al igual que cuando la había visto dormida, parecía pequeña, indefensa y..., buena. Parecía buena persona.

— Descendencia directa del rey alto de Irlanda, así que ya puedes tratarme como su majestad.

Arianna rompió en carcajadas, incrédula, olvidándose de sus preocupaciones por unos instantes.

— Tendré cuidado con usted, mi señor — bromeó, risueña.

Él la estrechó aún más entre sus brazos y la miró fijamente a los ojos. Para lo que iba a decirle, necesitaba otro soplo de valentía.

— Arianna — comenzó, inseguro — , dame una oportunidad, por favor.

Al ver que la chica, dubitativa, no respondía, continuó.

— No tiene que enterarse nadie, Ari. Podemos estar juntos y..., bueno, ya nos preocuparemos cuando llegue el momento de preocuparse — señaló, mientras acariciaba su mejilla de la misma manera que lo había hecho horas atrás — . Yo jamás te traicionaré. No diré ni una sola palabra que tú no desees.

Sabía que lo que Jason le pedía era una auténtica locura... ¡Por Dios! ¡Trabajaba para su padre!

Pero aún así, volvía a sentir aquel extraño presentimiento que le decía que, en él, sí podía confirmar.

— Está bien — aceptó en un susurró.

Jason la escrutó repleto de felicidad, intentando controlar el remolino de emociones que se formaba poco a poco en su interior.

De pronto, Arianna frunció el ceño y lo miró con preocupación.

— Jason... — comenzó — , antes me has dicho que habías traído a Grace hasta aquí.

Él asintió.

— ¿Para qué?

— Cogió una habitación.

Arianna guardó silencio.

— ¿Para qué? — repitió, sin comprender nada.

Habían ocurrido tantísimas cosas desde la cena de La Noche Dorada, que le costaba ordenar todos los sucesos con coherencia. Rose y Grace, como siempre, habían discutido... y...

— No sé nada más, Ari.

El agua caía sobre ellos y Jason sentía cómo la temperatura comenzaba a ascender de nuevo en su interior. Cuando tenía a Arianna Townsend cerca, se convertía en una bomba explosiva.

— Tenemos que marcharnos, Jason. Cuanto antes — concluyó, apartándose de él.

Salieron de la ducha y, mientras se vestían en silencio, recuperaron las preocupaciones que ambos sentían.

Arianna Townsend jamás se había metido en problemas y, desde luego, La Noche Dorada se había tornado en un grave problema para ella.

¿Qué iba a contarles a sus padres?

Al menos, el secuestro ni siquiera se había alargado a una noche y esperaba que la policía no hubiese llegado a implicarse.

No, definitivamente, seguramente ni Franck ni Viviane se hubiesen dado cuenta de su desaparición. Pero, en el caso contrario, necesitaba un plan B. Una historia alternativa para relatar.



Tal vez... ¿podía decirles que había seguido a Grace hasta allí? ¡Grace!

Tenían que encontrarla y regresar a Manor House cuanto antes, ya se había entretenido lo suficiente y cuanto antes se resolviese aquel lío, mejor.

## 9

El dolor del tobillo le resultaba agónico, pero no tenía demasiadas opciones. O bien lo soportaba y caminaba con los tacones, o bien caminaba descalza.

Valoró las dos posibilidades y decidió que, la segunda opción, no era muy apropiada para una señorita como ella.

Aunque había comenzado a amanecer, los alrededores del motel continuaban inmersos en la oscuridad, y mientras caminaban hacia la habitación de Grace, Arianna pudo comprobar que no se distinguía nada de lo que les rodeaba.

¿Dónde estaría Markus? ¿Hacia dónde habría huido?

Su vehículo continuaba allí aparcado, junto a otros. ¿Hasta dónde podría huir a pie? ¿Volvería a molestarla?

Había visto su mirada vacía, su ansia y su irritación. Aquel muchacho, desde luego, no se encontraba demasiado bien de la cabeza.

Jason tocó el hombro de Arianna, distrayéndola de sus pensamientos, y después le señaló la habitación de Grace.

— Mejor os espero en el coche — señaló.

Ella asintió.

Sí, no tenía sentido que los dos fueran a buscarles.

Se acercó hasta la puerta intentando disimular su cojera. Aunque no pasaba

desapercibida, Jason había evitado hacerle ningún comentario al respecto — lo cual agradeció — .

Golpeó la puerta con el puño cerrado y esperó. Seguramente, Grace aún dormiría, y su hermana no era precisamente de sueño ligero.

Volvió a golpear la puerta una vez más, y después otra; sin respuesta.

¿Quizás Jason se había equivocado de habitación?

Pegó la oreja junto a la madera, esperando escuchar cualquier sonido que indicase la presencia humana, pero no percibió nada. Rodeó la columna que separaba la puerta y, pegada a la ventana, intentó divisar algo más allá de las cortinas.

Había luz, una débil luz de un televisor.

¿Dónde narices se había metido Grace?

Desvió la mirada hacia el parking de gravilla y comprobó que Jason la vigilaba desde el coche, con las ventanillas bajadas.

Sin saber qué hacer, le indicó con un silencioso gesto de la mano que se acercase hasta ella. Arianna Townsend no se caracterizaba, precisamente, por su fuerza natural, y tampoco se veía capacitada para echar la puerta abajo intentar ceder la ventana.

Se quedó mirando cómo Jason abandonaba el vehículo y salía corriendo en su dirección. Así vestido y con el porte que lucía, más que un chófer parecía un sensual guardaespaldas dispuesto a dar su vida por ella; cosa que le encantaba.

— ¿Qué ocurre? — susurró al llegar.

Arianna agradeció que no se acercara demasiado a ella.

Parecía que, después de todo, el irlandés era un chico listo y sabía guardar las

distancias fuera de la habitación.

— No responde nadie.

El chico volvió a golpear la puerta, como si Arianna no lo hubiera hecho con anterioridad.

— Ya he llamado — indicó — , y no responde nadie.

Ignorándola, repitió los golpes una vez más.

Con aquel estruendo, fuera quien fuere se hubiera despertado del sueño hacía rato.

¿Estaba seguro de que aquella era la habitación en la que Grace había entrado?

Dio dos pasos atrás para observar la puerta con mayor perspectiva. Sí, era allí. ¿Dónde narices se había metido? ¿Quizás se habría marchado?

— ¿Y si ha quedado con alguien?

Arianna le miró, sin comprender a qué se refería.

— Puede que alguien haya venido en su busca.

Al comprender a qué se refería Jason, sonrió con ironía. Era totalmente imposible que su hermana tuviera un amante. ¿Qué tipo de hombre querría estar con una mujer como ella?

— No, no es posible — sentenció, dejando claro que, si su hermana había entrado en aquella habitación, ahí debía de seguir.

Jason dudó, pero al final decidió fiarse de la intuición de la mediana Townsend. Al fin y al cabo, eran hermanas, ¿no?

— Tira la puerta — murmuró.

Jason negó.

— No puedo tirar la puerta a estas horas de la madrugada.

— Has abierto la otra, ¿no?

El muchacho volvió a negar.

No podía dedicarse a armar un estruendo a las tantas de la madrugada.

— ¿Por qué no? — insistió ella.

— He tirado la puerta de la cincuenta y siete porque te he escuchado gritar, porque creí que podías estar en peligro. Si no, no la hubiese tirado.

— ¿Y si le ha pasado algo?

Aunque suponía que Grace tan sólo estaría durmiendo plácidamente, tenía una mala sensación.

Jason, dubitativo, la escrutó. No veía posible librarse del despido de Franck, pero al menos, debía procurar que las dos chicas Townsend regresasen sanas y salvas a su hogar.

Sin responder, dio un paso al frente y golpeó con la planta del pie la puerta, que cedió levemente ante el golpe seco recibido pero no llegó a abrirse. Repitió el proceso dos veces más, hasta que la cerradura cedió, abriéndose. Aún así, el pestillo aún seguía puesto y la puerta había quedado abierta por una leve rendija.

Arianna se asomó por el pequeño agujero que dejaba el marco de la puerta y afinó la vista hasta encontrarla.

— ¡Grace! — exclamó, anonadada.

Estaba allí, tumbada en la cama de espaldas a la puerta. ¿Cómo era posible que no se hubiera despertado con aquel barullo? ¡Estaban armando un escándalo!

Escuchó ruidos en la habitación contigua y las luces se encendieron.

Jason miró a Arianna, que comenzaba a impacientarse y emanaba nerviosismo.

— Espérame en el coche, yo me encargaré de esto — dijo en voz baja, mientras introducía los dedos en la rendija, intentando soltar la cadena del pestillo.

— No, me quedo aquí.

Dos segundos después, un hombre gordo con una camiseta interior de tirantes que hacía tiempo que había dejado de ser blanca salió al exterior. Arianna lo miró de arriba abajo con repugnancia; vestía unos calzoncillos desgastados y lucía una inmensidad de lamparones amarillentos en la camiseta.

— ¿Es que no sabéis qué horas es? — gritó, malhumorado, mientras se frotaba la entrepierna — ¡Panda de niños borrachos!

Incrédula, paseó su mirada con gesto nauseabundo de arriba abajo, preguntándose a sí misma cómo semejante espécimen podía andar suelto por el mundo.

— Váyase a dormir y déjenos en paz — escupió con desdén.

Le parecía totalmente surrealista que alguien con tan poca clase pudiera, siquiera, dirigirle la palabra.

En aquel instante, el pestillo se desencajó y la puerta se abrió de par en par.

— ¿Qué has dicho, bonita? — preguntó el hombre, caminando un paso hacia Ari.

Jason la agarró del brazo y la tiró hacia detrás.

— Bueno, bueno — murmuró, calmando la situación — , no se preocupe que nos marchamos ya. No le molestaremos.

Gruñendo aún, el maloliente vecino se dio la vuelta para regresar a la habitación y Jason dio por zanjada la discusión mientras Arianna corría en busca de su hermana.

El grito sordo de la mediana Townsend le indicó que algo no iba bien. Se giró hacia la puerta y la vio, con las manos en la boca, ahogando el horror que sentía. ¿Pero qué estaba pasando?

— ¿Arianna?

Jason corrió a su lado, sin entender qué era lo que sucedía, y entonces la vio.

Grace Townsend sumida en un coma etílico, sin conocimiento, vomitada entera. Estaba tumbada de costado, lo que había sido una verdadera suerte para no ahogarse con su propio vómito; junto a ella, la botella vacía de whisky. Se la había bebido entera.

— ¡¡Llama a una ambulancia, Ari!! — exclamó, lanzándole el móvil a la chica.

Sujetó a Grace por ambos brazos y la zarandeó, mientras exclamaba a voces que se despertase, sin resultado.

La chica no se movía ni un centímetro, no se despertaba.

Estaba congelada y parecía haber comenzado con principios de hipotermia; tenía la piel pálida, muy pálida y sudorosa, y los labios morados.

— No podemos llamar a una ambulancia... — murmuró Arianna en voz baja, aún procesando la imagen de su hermana.

Sabía que Grace había estado internada en centros en más de una ocasión por las drogas pero siempre se había mantenido al margen de todo eso. Aquellas historias no le interesaban lo más mínimo y, además, sus padres siempre habían tratado el asunto con la máxima discreción posible.

¿Cómo iba a llamar a una ambulancia? ¡Estaba intentando evitar el escándalo!

Lo más sensato era regresar a Manor House y esperar a que se le pasase, al fin y al cabo, tan sólo se trataba de una borrachera, ¿no? Al día siguiente se encontraría mejor y...

Jason arrancó el teléfono de la temblorosa mano de Arianna y pulsó el botón de llamada a emergencias.

Dos tonos después la operadora respondía.

— Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

— ¡No! ¡No puedes llamar a una ambulancia!

Jason la miró, pálido, sin entender cómo podía comportarse así.

— Una mujer ha sufrido un coma etílico, está inconsciente y necesita una ambulancia.

— Muy bien, dígame dónde se encuentran y enviaremos una lo antes posible.

Antes de responder, observó a Arianna, que daba vueltas por la habitación con las manos en la cabeza; desesperada.

— Habitación treinta y seis del Motel J&L. Dense mucha prisa, por favor.

Colgó el teléfono y se acercó a Arianna, que murmuraba alguna frase ininteligible mientras daba vueltas en la habitación.

— ¡Eh! — exclamó, obligándola a detenerse y mirarle —. No tenemos más opciones. Estamos haciendo lo correcto.

Ella negó con nerviosismo, intentando procesar aquel desastre de noche y cómo acabaría.

— ¿Qué narices voy a contarle a mi padre, Jason?



# 10

Habían tapado a Grace con la sábana y, tras arroparla y limpiar el vómito que la cubría, habían salido al exterior para esperar a la ambulancia. Poco más podían hacer por ella más que eso, esperar.

Arianna era un manojo de nervios y ansiedad; no podía dejar de darle vueltas a todos los acontecimientos que habían tenido lugar en aquellas horas.

Sentados en el exterior, cerca del parking de gravilla, esperaban impacientes el desenlace de aquella historia.

Ari, abrigada con la chaqueta americana del chófer, se dejó caer levemente sobre su hombro. No solía compartir muestras de afecto con nadie, pero en aquellos instantes lo necesitaba; necesitaba el contacto humano.

— Todo saldrá bien — prometió Jason, pasando la mano por su espalda para atraerla.

Si ella creía que se había metido en un lío, ¿entonces él dónde se había metido?

Solo le quedaba rezar porque aquella noche Franck Townsend fuera benevolente y le perdonase el despido. Al fin y al cabo, había rescatado a sus dos hijas, ¿no?

Arianna no respondió, y ambos se mantuvieron en silencio, abrazados, hasta que

las sirenas de la ambulancia irrumpieron la calma que se había formado a su alrededor.

Tanto la recepcionista como los huéspedes del motel, abandonaron con las habitaciones que les correspondía para averiguar qué era lo que había pasado y por qué razón se precisaban los servicios de una ambulancia.

Arianna, que intentaba procuraba alejarse de las cotillas miradas, se mantuvo oculta tras Jason todo lo que pudo, procurando pasar desapercibida en cada instante.

Los ATS, vestidos con chalecos amarillos, pasaron al interior de la habitación y procedieron a encamillar a Grace, que continuaba inconsciente y no parecía hacer ningún ademán por despertarse.

— ¿Su nombre? — preguntaba una joven mientras rellenaba datos en un papel.

Arianna tanteaba la mirada entre ella y Grace, que parecía encontrarse realmente grave.

— Grace Townsend — respondió con rapidez Jason.

— ¿La conocen?

— Es su hermana — murmuró, señalando a Arianna.

— ¿Cómo se llama usted, señorita?

La mediana de los Townsend, impactada, no respondió. Tenía la mirada clavada en los labios morados de Grace.

— ¿Señorita?

— Se llama Arianna — señaló Jason.

La muchacha de la ambulancia caminó hasta colocarse frente a ella, dispuesta a

captar su atención.

— ¿Su hermana tiene alergia a algún medicamento?

— ¿Cómo?

Se encontraba sumida en una especie de trance y no sabía cómo reaccionar.

— Alergia, ¿tiene su hermana alguna alergia?

Arianna negó.

— No, que yo sepa.

— Muy bien — respondió la joven, mientras escribía en la hoja — . Vamos a proceder a su traslado al hospital, ¿desea viajar con ella en la ambulancia?

Jason se quedó mirándola y supo que Arianna no se encontraba bien; estaba demasiado afectada.

— Iremos detrás, en el coche — se apresuró a responder, acercándose a ellas.

Al igual que el resto de los espectadores — la mayoría amantes que habían compartido las sábanas de motel — , salieron al exterior y observaron cómo los servicios de urgencias metían a la joven en la parte trasera de la ambulancia, antes de encender las luces y la sirena y abandonar escopetados el lugar.

Jason abrazó levemente a Arianna mientras caminaban al coche y abrió su puerta. Justo antes de que pasara al interior, murmuró.

— Confía en mí, ¿vale? Todo saldrá bien.

Aunque parecía muy seguro de todo lo que decía, el asunto pintaba realmente mal.

Arianna lo miró con los ojos acuosos y Jason se dio cuenta de lo débil que era, en el fondo, aquella chica. Toda la chulería que emanaba no era más que una

fachada, una máscara para esconderse y que nadie fuera capaz de dañarla.

La mediana de los Townsend cerró la puerta del vehículo que Jason acababa de abrir, dio un paso al frente, y abrió la puerta del copiloto.

— Prefiero ir contigo aquí delante, si no te importa — musitó con un hilillo de voz.

Jason negó.

— Yo también lo prefiero.

Guiado por las luces y las sirenas de la ambulancia, Jason condujo en silencio hasta la entrada del hospital. Arianna tampoco dijo ni una palabra y, cuando ambos se sentaron en la sala de espera, ninguna de las miradas presentes se volvió hacia ellos.

La mediana de los Townsend comprendió que allí no era nadie y no tenía ningún interés para el mundo; todos los rostros presentes delataban una preocupación mayor en la que se concentraban. Todos esperaban por alguien: un familiar, un conocido, un amigo... Al igual que ella.

Fue consciente de que Jason no tenía ninguna razón en especial para estar allí; Grace no significaba absolutamente nada para él. Alargó la mano, deslizándola por encima de los nudillos del chico, y susurró.

— Gracias por quedarte conmigo.

Una lágrima abrió el paso al llanto y Arianna Townsend, por primera vez, dejó caer la máscara que la cubría. El chófer la rodeó con ambos brazos y la estrechó, mientras ella hundía el rostro en su pecho y se dejaba consolar.

Era afortunada por tenerle ahí, muy afortunada.

Pocos minutos después de que se calmase, el médico acudió a la sala de espera en busca de ella para explicarle que todo estaba bien. Su hermana había sufrido una intoxicación etílica pero, según el médico, todo había quedado en un susto y en una hora podría entrar en la habitación y, en un día, regresar a casa. La dejarían ingresada veinticuatro horas por simple precaución, pero no debían preocuparse de nada en absoluto porque el estado de Grace era favorable. Aún se encontraba deshidratada, pero nada que no se solucionara con un poco de suero y unas horas de descanso.

Arianna le agradeció la atención y después se giró hacia Jason.

— ¿Vamos a por un café?

Se sentía mucho más calmada que antes y, a pesar de las vestimentas ridículas que lucía para la ocasión, nada le importaba para aquellas alturas de la noche.

— Por favor — respondió él, sonriente.

Al fin todo había llegado a su fin y la hora de llamar a sus padres se acercaba. No sólo tendría que preocuparles por el estado de Grace si no, además, tendría que explicarles que se encontraba en un hospital público. Hasta ese momento ni siquiera le había concedido importancia, pero sabía de sobra lo mucho que odiaba su padre el sistema Nacional de Salud.

El chófer, que para aquellas alturas comenzaba a ser capaz de descifrar cada gesto de Arianna, se acercó hasta ella y le retiró el vaso de plástico de las manos para colocarlo sobre la mesa. Colocó ambas manos en su rostro, obligándola a alzar la mirada hacia él.

— Ya está, se acabó — musitó en voz baja — , deja de preocuparte por todo.

Ella no respondió, simplemente se quedó mirándole mientras se preguntaba de

dónde había salido aquel irlandés y por qué narices el destino había tenido que colocarlo en su vida.

— Vamos a ir resolviendo los problemas según vayan viniendo. Te he prometido que todo saldrá bien, y así será. Confía en mí, Arianna.

Fuera de sí, envalentada por el momento, por el cariño y por la ternura que el chófer desprendía hacia ella, se acercó más a él y posó los labios sobre los suyos. Los tenía húmedos y calientes, y notó la respiración agitada en su pecho cuando pegó su cuerpo al de él.

Jason rodeó su cintura con fuerza, estrechándola, acercándola, mientras las imágenes de Arianna en la ducha se deslizaban por su mente. Su espalda enjabonada, sus grandes pechos resbaladizos... No hacía más de unas pocas horas que la había sentido sobre él, pero con tan sólo rozarla sus sentidos estallaban.

Arianna entre abrió sus carnosos labios y él introdujo su lengua en el interior de la boca. Mientras las salivas se mezclaban en un beso apasionado, ansioso, notaba el cuerpo de Arianna buscarle con desesperación.

— Gracias por quedarte a mi lado — volvió a decir, separándose unos centímetros de él.

No había nada que agradecer.

El joven irlandés era plenamente consciente de lo enamorado que estaba de aquella chica y sabía que, si se lo hubiera pedido, habría saltado a las vías de un tren por ella.

Notó su mano, impaciente, recorriendo su espalda bajo la camisa del traje y supo que la excitación que Arianna sentía era tan grande como la de él. La fuerza del beso se intensificó y, agitados, se separaron unos instantes para recuperar la respiración.

Jason sentía la mirada de la mediana de los Townsend muy penetrante, como si pudiera leer los pensamientos que surcaban su mente a través de la retina de sus ojos.

Ella, aún calmándose, sujetó la taza de café que el irlandés había dejado sobre la mesa y empezó a caminar a través del pasillo. Jason la siguió, decepcionado, mientras intentaba colocarse la erección que tenía bajo el pantalón disimuladamente para que nadie pudiera apreciarla.

Si Franck Townsend no le despedía, entonces tendría otro gran problema. ¿Cómo se iba a mantener en calma siendo el chófer personal de aquella sexy y atractiva mujer?

Ella, dos metros por delante de él, se detuvo de improviso y abrió una puerta. Jason la vio revisando su interior y dos minutos después, se perdió en el interior de la habitación.

No tenía ningún cartel ni señalización y era evidente que no se trataba de un aseo público. Abrió la puerta, extrañado, y asomó la cabeza al interior, sin esperarse lo que estaba a punto de encontrar.

Sintió que la respiración se le detenía y que la erección que con tanto esfuerzo había intentado disimular se le disparaba por completo.

Se quedó mirándola unos segundos mientras la sonrisa de Arianna se ensanchaba, totalmente satisfecha con la reacción del irlandés que tenía delante.

— Tienes dos minutos para hacer conmigo lo que quieras — murmuró, totalmente desnuda, apoyada contra una estantería del almacén.

Jason sintió que perdía la sangre de su cabeza y, alterado, pasó al interior mientras dejaba caer la americana del traje en el suelo. De pronto, tenía calor. Mucho calor.

La joven Townsend se quedó mirándole mientras se mordía el labio, procurando controlar la pasión que se apoderaba de ella. Estaba muy húmeda y se moría de ganas por sentirle después del salvaje beso que se habían dado junto a la máquina de café.

— ¿Solo dos minutos? — preguntó él, desasegado, soltando todo el aire que contenían sus pulmones.

Arianna fingió que revisada la hora en el reloj invisible de su muñeca y, guiñándole un ojo, susurró con sensualidad.

— Te queda un minuto, rey de Irlanda...

Sintió que las piernas le fallaban mientras examinaba cómo Jason, impaciente, se desabrochaba el pantalón con ferocidad.

Se acercó hasta ella y, apretándole cada pecho con una mano, la besó con fuerza.

Arianna sintió el éxtasis creciendo más y más en su interior, el calor descender hasta su sexo. Estaba sedienta de él, de que la tocara, de que la besara, de que la penetrara.

— ¿Solo un minuto, eh?

Ella sonrió en el mismo instante en el que el chófer, incapaz de contenerse, agarraba sus muñecas y las giraba para colocar a la chica contra la pared. Liberó una mano para sacar su miembro del bóxer y, guiándolo hasta su humedad, la penetró de una estocada.

Arianna gimió de placer mientras sentía cómo su cuerpo se partía en dos, rindiéndose a él. Con lentitud, se retiró de su interior hasta prácticamente quedarse fuera y volvió a colocar la mano sobre la de la sensual chica que tenía delante con la espalda arqueada.

Arianna sintió que se desesperaba, agitada y extasiada.



— Quiero más — suplicó fuera de control.

Jason se inclinó sobre ella.

— Así me gusta, que le supliques al rey irlandés.

La chica Townsend, impaciente, se lanzó hacia atrás, introduciendo el miembro de Jason en ella. El chófer soltó una pequeña risita ante su insistencia y, complaciente, se introdujo totalmente en su cavidad.

Entraba y salía en ella con ansia y desesperación y Arianna se sentía incapaz de reprimir los gritos de placer. Todo su cuerpo se convulsionaba ante las salvajes embestidas de Jason, que entraba y salía hasta el fondo, clavándose más y más, mientras le susurraba en la oreja lo sexy y preciosa que estaba de aquella manera, rendida ante él.

Cuando el orgasmo la inundó, Arianna sintió cómo le fallaban las piernas. Estaba totalmente fuera de control, fuera de sí.

Jason se separó de ella con lentitud, permitiéndola tomar aire. Mientras, extasiado, aún la miraba con deseo. Por unos instantes se habían olvidado de que estaban en el almacén de un hospital, pero tenían que salir de allí cuanto antes si no querían que el personal sanitario les interrumpiese infraganti.

# 11

Regresaron a la sala de espera sintiéndose aún más cómplices y unidos que antes.

Arianna era muy consciente de que algo, algo que no lograba detectar en la forma de ser de Jason, lograba enloquecerla por completo y hacerla perder los papeles.

Allí sentada, apoyada sobre su hombro, se preguntó así misma porqué no había llamado a sus padres aún. ¿Miedo? ¿No quería inventar una excusa? ¿No quería enfrentarse a Franck?

No, en realidad, sabía que todas aquellas excusas no eran más que eso: excusas. Era consciente de que, si todavía no les había llamado, era por él. Por el chófer irlandés que acariciaba su espalda desnuda y le mostraba qué significaba aquel extraño sentimiento del que tantos libros y películas decidían hablar. ¿Amor? ¿Era eso lo que comenzaba a sentir?

La necesidad incesante de estar junto a esa persona que te hace vibrar, querer, sentir. Las ganas locas de compartir cada célula de tu piel, sin complejos, sin miedos y sin vergüenzas. Un refugio donde sonreír, quizás. Donde poder sacar la máscara que con tanto esmero maquillas cada día y ser tú misma. ¿Eso era Jason para ella? ¿Su refugio?

Por muy realista que procurase ser, no podía evitar que el corazón ganase la batalla. “Poco a poco, iremos viendo qué sucede...”, se decía. Pero otra vocecita le gritaba que no era tan sencillo, que cuanto más tiempo pasase a su lado, más difícil sería dejarle después.

Se preguntaba si, todas aquellas sensaciones no eran emociones pasajeras que tarde o temprano dejaría de sentir. Quizás, con el tiempo, Jason dejara de resultarle tan... exótico, y se convirtiera en un muro empleo a sus ojos. Entonces sería sencillo alejarse, apartarse de él. Y a su vez, no podía evitar hacerse la misma pregunta: ¿y si ella no era más que un entretenimiento? Se sentía absurda valorando aquellas cuestiones, pues era lo que siempre había buscado en un hombre. Mero entretenimiento y placer, sin sentimientos. Sin amor.

Pero con Jason todo había cambiado.

Notó la yema de su dedo recorriendo la columna vertebral de su espalda y la piel se le erizó. Estaba apoyada sobre él, con los ojos cerrados, mientras procuraba armarse de valor para realizar la llamada.

¿Cómo reaccionaría su padre? ¿Y su madre? ¿Qué les contaría de todo lo que había sucedido?

Pensó que, lo mejor dadas las circunstancias, sería seguir el consejo de Jason para todo y aplicar aquello de “lo que tenga que venir, vendrá”.

Abrió los ojos con lentitud, acostumbrándose a la claridad de la sala de espera, y su mirada chocó con el doctor que había atendido a su hermana. En esos instantes cruzaba la sala en dirección a ellos, así que Arianna se levantó de un salto y Jason la imitó.

— Ya pueden pasar a ver a la señorita Townsend. Se encuentra despierta y estable, aunque su estado es delicado y lo mejor será que no la alteren innecesariamente.

Arianna asintió con seriedad.

— No lo haremos — prometió.

— Pueden seguirme, les llevaré a su habitación.

El médico se giró hacia la puerta y Arianna le siguió, impaciente por reencontrarse con Grace. Aunque siempre había odiado los disgustos que ésta le había dado a su familia, jamás había terminado de comprenderlos hasta aquel instante.

¿Cómo podía actuar de aquel modo tan irresponsable? ¿Cómo podía poner en riesgo la honestidad y el valor del apellido Townsend? La familia era lo más importante, aunque Grace parecía no terminar de entenderlo.

— ¿Prefieres que te espere aquí? — preguntó el irlandés, tomando asiento de nuevo.

Arianna negó.

Lo último que le apetecía era enfrentarse a Grace en soledad.

— No, prefiero que me acompañes.

Sin dudarlo, Jason se levantó y caminó tras la chica y el doctor.

Grace no tenía mala pinta, aunque tampoco parecía ser el mejor día de su vida.

Vestida con camisola blanca y con una vía en el brazo, sonrió débilmente cuando su hermana entró al interior. Pocos segundos después, Jason cruzó el umbral y el gesto de la chica se torció.

— No sé qué pensarás de todo esto, pero... — comenzó a recriminar Arianna, sin siquiera saludar.

— Quiero que espere fuera — cortó la mayor de los Townsend, con la mirada clavada en el chico.

Ari, sin comprender qué ocurría, tanteó la vista entre ambos. El ceño fruncido de Jason le indicó que él también desconocía lo que sucedía allí.

— ¿Puedes esperar fuera, por favor? — preguntó la joven, aún confusa.

Jason asintió y, sin hacer preguntas, salió al exterior.

— ¿Por favor? — repitió Grace, incorporándose levemente en la camilla — .  
¿Desde cuánto te diriges a él así?

Su hermana sacudió la cabeza, restándole importancia a aquella puntilla.

¿No tenían asuntos mucho más importantes que tratar?

— ¿Qué narices pasa contigo, Grace? ¿Otra vez con las mismas? ¿No fue suficiente...?

— Ya basta, Arianna — volvió acortar.

Ella la escrutó, anonadada.

¿Desde cuándo su tonta hermana se atrevía a dirigirse a ella así? ¿Qué demonios le pasaba a Grace?

— Necesito que me digas cuánto saben papá y mamá y necesito que me saques de este lío.

Ari sonrió con ironía y malicia. ¿Así que a eso se reducía todo?

Desde luego, una cosa tenía por segura; no pensaba manchar su imagen por salvar la de ella y ya tenía bastantes preocupaciones como para continuar añadiendo más a su lista.

— Papá y mamá no saben nada, todavía — escupió con desprecio — . Yo salí a buscarte y Jason se encontró conmigo, entramos en tu habitación porque insistí en llevarte a casa de vuelta, y entonces te encontramos inconsciente y llena de vómito.

— ¿No saben nada todavía?

Se incorporó un poco más, prácticamente hasta quedar sentada.

Arianna no conocía aquella versión de Grace, pero no necesitaba pasar con ella un rato más largo para saber que no le agradaba ni un ápice.

— Iba a llamarles ahora, pero primero quería saber que te encontrabas bien.

Arianna dudó unos instantes. Quería que aquella excusa resultase lo máximo creíble.

— No quería preocuparles en vano — aclaró ante la atenta mirada de su hermana.

— Ari, por favor. Cúbreme en esto — musitó.

Casi parecía una súplica.

— No me das ninguna pena, hermanita — respondió con desdén — . Tú sola te has buscado este lío y tú sola vas a salir de él. ¿Me entiendes.

Grace, desesperada, sacudió la cabeza en señal de negación.

De un salto, se levantó de la camilla y se acercó hasta su hermana para agarrarla del brazo con fuerza.

— No pueden volver a internarme, Arianna — lloriqueó, angustiada.

Se podía ver la desesperación en su mirada y la mediana Townsend fue incapaz de no sentir algo similar a la pena.

— No te imaginas cómo es aquel lugar... ¡Es horrible!

Ari, irritada, liberó su brazo del contacto con un tirón.

— Tienes lo que quieres, Grace.

— ¡Por favor! ¡Te lo pido por favor! — exclamó.

En aquel instante, Arianna bajó la vista y se chocó con el brazo ensangrentado de su hermana. Se había arrancado la aguja de la vía al saltar de la cama y las gotas de sangre corrían alrededor de su antebrazo para caer al suelo, formando un pequeño charquito.

Repugnada, se apartó dando un paso hacia atrás y contempló con perspectiva la imagen desesperada de Grace.

Nunca se había llevado bien con ella, y nunca le había caído especialmente bien. La imagen de Grace, tendida inconsciente y vomitada por completo golpeó su cabeza y, con el ceño fruncido, volvió a negar.

— No voy a ayudarte, hermana.

Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, presa de impotencia.

— Te lo suplico, Arianna — repitió, secándose el rostro con las palmas de las manos — , hazlo por la familia. Hazlo por evitar otro escándalo.

Ella, aún sin responder abrió la puerta de la habitación para captar la atención del chico, que esperaba con los brazos en jarras en el pasillo.

— Jason, llama a una enfermera, por favor — susurró, impactada aún por la imagen de su hermana.

Antes de abandonar la estancia, se dirigió a ella.

— Olvídalo de una vez. No cuentes conmigo.

Y cerró la puerta de un portazo, preguntándose cómo dos personas tan diferentes podían pertenecer a una misma familia.

# 12

Arianna Townsend comenzó a dar vueltas por el pasillo, nerviosa.

Hacía rato que la enfermera le había vuelto a colocar la vía a Grace y se había marchado, pero ella no había vuelto a entrar. Jason, a petición suya, le estaba esperando en la cafetería.

Había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos y de llamar a sus padres, aunque no tenía ninguna gana de hacerlo. Aferrando con fuerza el teléfono móvil del chófer, paseaba de un lado a otro mientras procuraba calmarse y respirar sosegada.

No quería que Franck ni Viviane la notasen alterada.

— Muy bien... — murmuró para sí misma — , allá vamos.

Desplegó el teléfono y se encontró con una de esas antiguas pantallas, muy sencillas. Hacía muchísimo tiempo que no veía un teléfono como aquel y le fue imposible no reprimir una pequeña risita, mientras pensaba que a Jason no le iba del todo mal.

Tocó el pequeño botón del medio, que por lo general siempre redirigía la pantalla un menú, y se sorprendió accediendo a la cámara fotográfica. A un milímetro de pulsar el botón rojo de “salir”, se detuvo. No podía creer lo que estaba viendo. No podía ser cierto.



Con la mano temblorosa, sintiéndose estúpida, imbécil y atontada, pulsó la pequeña imagen en miniatura que mostraba la última fotografía que se había tomado con aquel aparato. La instantánea de Arianna, tumbada sobre la cama con la espalda desnuda, inundó la pantalla.

— No puede ser — susurró en voz baja, tapándose la boca con una mano para ocultar su gemido de angustia.

No. Él no podía haberla engañado de aquella manera. Él no podía haberla traicionado así.

Jason, no. Simplemente, no.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba descontroladamente y los latidos palpitando con fuerza en su sien. Aún con el pulso desbocado, pulsó el botón de “imagen siguiente” y contempló, impactada, lo que el teléfono le mostraba.

Era ella, en ropa interior tendida sobre la cama. No recordaba cuándo habría podido tomarle aquella fotografía y tampoco era capaz de imaginarse a Jason de aquella manera; entrando a hurtadillas en su habitación para tomar fotografías comprometedoras de ella.

¿Cómo había sido capaz de engañarla de aquella manera?

Arianna Townsend había conocido a muchísimos hombres a lo largo de su vida y jamás había logrado confiar en ninguno. Excepto en él. Era la primera vez que cedía a su corazón y, a su vez, era la primera vez que la defraudaban y la hacían sentir estúpida.

No necesitó preguntarse demasiadas veces para qué había querido Jason tener aquellas fotografías suyas. Era evidente que pretendía venderlas a la prensa y sacar una buena tajada con toda aquella historia.

¿Cuánto dinero estarían dispuestos a pagar los periodistas por una foto en la que

se veía a la hija del vicepresidente desnuda en una cama? Miles. Muchos miles.

Jason se la había jugado y ella se había dejado engañar.

Las ganas echarse a llorar la inundaron, abrasándola con un sentimiento de dolor e ira.

Era la primera vez que se había enamorado y era la primera vez que le habían roto el corazón. Demasiadas emociones para un mismo día y para mantenerse firme.

Eliminó ambas instantáneas y marcó el teléfono de Manor House, esperando que su padre no fuera capaz de notar la angustia en el timbre de su voz.

— ¿Dígame?

La voz de Viviane llegó desde el otro lado de la línea.

— Mamá, soy yo — respondió, mientras las lágrimas comenzaban a caer por su rostro.

— ¿Arianna? ¡Hija dónde estás! — exclamó Viviane, prácticamente en un grito.

— Estoy bien y estoy con Grace — susurró — , no tienes de qué preocuparte, estamos bien las dos.

— Dime dónde estáis y tu padre y yo iremos ahora mismo a buscaros.

Ella carraspeó, aún llorosa, preguntándose cómo debía dar la noticia.

— Mamá, estamos en el hospital. Grace ha tenido un pequeño accidente, pero se encuentra bien, de verdad.

La conversación no duró demasiado.

Tras confirmarle la dirección del hospital público en el que se encontraban, Viviane cortó la llamada con la promesa de que en menos de treinta minutos

estarían allí y Arianna no dudaba de que así fuera a ser. Para sus padres, la familia era lo primero. Siempre era lo primero.

Observó el cartelito de “Servicios” señalando una puerta a la izquierda y caminó hasta ella. Con todos los acontecimientos que habían tenido lugar en tan poco transcurso de tiempo, había olvidado por completo el dolor de su tobillo y el golpe que tenía en la cabeza.

Se adentró en ellos y se observó en el espejo; tenía muy mal aspecto y el haber llorado no contribuía a su mejora en absoluto.

El maquillaje de la noche se le había desgastado y el rímel se había esparcido creándole una mancha negra bajo los párpados y acentuando sus marcadas ojeras.

Se lavó la cara varias veces, procurando despejarse de la mezcla de aletargamiento y ansiedad que sentía en su interior.

Por primera vez en su vida, odiaba la imagen que el espejo le devolvía. Se odiaba a sí misma y, todavía peor, odiaba ser Arianna Townsend. Odiaba haberse defraudado.

— ¡¡Estúpida!! — se gritó con ira, mientras la imagen de Jason abrazándola con ternura rebotaba en su mente.

¿Cómo se había podido haber dejado engañar de aquella manera?

— ¡¡ESTÚPIDA, ESTÚPIDA, ESTÚPIDA!! — vociferó, rabiosa, liberándose de todo lo que su interior contenía.

Sollozando, se apoyó contra la pared y se dejó caer con lentitud hasta quedar sentada en el suelo. Hipaba descontroladamente, sin poder dominar la reacción que sus emociones causaban en ella.

Estaba segura de que Jason le había engañado pero... ¿Cómo demonios había

podido comportase de aquella manera con ella? ¿Cómo podía alguien fingir tan bien? ¿Por qué la había cuidado? ¿Por qué se había quedado a su lado si, en realidad, lo único que le interesaba conseguir de todo aquello era dinero y una noticia que vender?

Intentó controlar los sollozos que la atacaban antes de incorporarse y, aún dubitativa, se secó la cara y abandonó los servicios.

Caminó pasillo abajo, con la mirada empañada, decidida a enfrentarse a él. Aunque las cosas no tuvieran solución alguna, recordaba a la explicación que Jason le había dado a su rescate.

Rememoró la escena con total claridad y recreó las palabras de Jason sin esfuerzo.

— Volví porque estaba dolido, porque no podía imaginarte con otro en la cama o, más bien, porque no quería hacerlo. Necesitaba verlo con mis propios ojos, necesitaba decirte que te odiaba, que odiaba la manera en la que habías jugado con mis sentimientos, la manera en la que me has tratado siempre.

Todo mentiras, pensó, mientras se reprochaba lo estúpida que había sido.

La única razón que le había llevado a regresar a la habitación había sido la de captar otra exclusiva, otro escándalo, para haberla pillado infraganti con un amante en una cama.

Aún así, aún con todas aquellas pruebas, su corazón seguía diciéndole que Jason merecía la oportunidad de explicarse. ¿Tendría algo que decir en su defensa?

Desde luego, no pensaba perder la oportunidad de escucharlo. Quería oír de su propia voz lo mezquino y ruin que había llegado a ser con ella.

Exhaló el aire de sus pulmones con lentitud y divisó a Jason al fondo, sentado en una de las mesas de la cafetería.

Caminaba con aire decidido hacia él, dispuesta a liberar toda la ira que acumulaba en su interior y se plantó frente a la mesa.

— ¿Pensabas venderlas o chantajearme con ellas? — escupió, rabiosa, mientras apretaba la mandíbula con coraje.

— ¿Arianna?

La voz de Viviane llegó antes que la respuesta de Jason en el mismo instante en el que el teléfono móvil que aún aferraba dentro de su puño liberaba dos pitidos al recibir un mensaje.

# 13

La blanquecina e impersonal habitación de hospital en la que Grace había sido ingresada estaba abarrotada de gente.

A petición de Franck Townsend, tanto Arianna como el chófer se mantenían sentados al fondo del cuarto, mientras que el oficial al mando y su ayudante interrogaban a Grace. Viviane, aliviada porque sus dos hijas se encontrasen sanas y salvas, se había colocado junto a la ventana, tras la espalda de Arianna, para proporcionarle apoyo moral.

— ¿Podría explicarnos lo que ha sucedido?

La situación era realmente complicada.

Sus dos hijas y un chófer habían desaparecido junto con el coche familiar y otro de los coches de uno de los invitados.

— No recuerdo nada, papá — gimoteó Grace, que parecía confundida y afectada.

Arianna se sorprendió de lo buena actriz que podía llegar a ser su hermana.

El médico que la había atendido se mantenía en silencio, al fondo de la habitación, controlando la escena. Lo último que la paciente necesitaba en

aquellos instantes era un interrogatorio.

De repente, la puerta se abrió de par en par y un hombre ataviado con un elegante y carísimo traje entró con paso decidido y se colocó junto a Franck.

Era Steve Lowell, que en aquellos complicados instantes, había decidido brindarle su más sincero apoyo a su jefe.

— ¿No recuerda nada? — repitió el oficial, dispuesto a ahondar en el asunto y solucionarlo lo antes posible.

Aquellos embrollos familiares no le interesaban lo más mínimo — y más cuando se trataba de una familia tan poderosa que podía llegar a ocasionar muchos problemas — .

— Sólo recuerdo ver a Arianna y despertarme en el hospital.

El oficial, el ayudante y Franck se giraron para observar a la mediana de los Townsend, que continuaba inmersa en el silencio manteniéndose como una mera espectadora del interrogatorio.

Lo único en lo que podía pensar era en él. En Jason.

— ¿Ari? — inquirió Franck.

Ella se encogió de hombros.

— Vi salir a Jason con Grace de la mansión y yo fui tras ellos — dijo en voz baja.

Sabía que aquella versión de los hechos contenía demasiadas lagunas e interrogaciones que no sería capaz de responder, pero no se le ocurrió nada mejor que decir.

— Explicate mejor, Arianna — señaló el jefe de policía — , ¿robaste tú el vehículo del parking de Manor House?

Franck le lanzó una mirada asesina al oficial que, de la misma, reculó.

— ¿Cogiste prestado el vehículo?

Ella asintió.

— Sé que fue una estupidez, lo siento.

El hombre asintió, temeroso de volver a meter la pata.

— Bueno, pues entonces no termino de entender nada. ¿Qué estuviste haciendo hasta la llamada de la ambulancia? ¿Dónde estuviste?

— En el coche, esperando a Grace — respondió con rapidez.

— ¿Ella sabía que la estabas esperando fuera?

Arianna negó.

Aquel asunto no pintaba nada bien.

— ¿Jason O'Brien estaba con tu hermana dentro de la habitación?

La mediana de los Townsend se encogió de hombros y el oficial se giró, una vez más, hacia Grace.

— ¿Jason O'Brien te proporcionó la botella de alcohol?

El chico, ofendido, se levantó de la silla. ¿Por qué lo trataban como si no estuviera presente allí mismo?

— ¡No!

Franck Townsend se giró hacia él.

— Nadie te ha hecho ninguna pregunta, muchacho — soltó, irritado, antes de girarse hacia el ayudante — . Llévese al chico fuera, por favor.

Arianna miró impactada a su padre, comprendiendo en aquel instante qué era lo



que pretendía: minimizar daños.

Necesitaban un culpable y un cabeza de turco que pagase por todos los daños que se habían cometido aquella noche: un coche robado, una chica rica en coma etílico... A nadie le interesaba el conflictivo historial que tenía Grace y, si se podía mantener en un cajón bien cerrado, todavía mejor.

El ayudante caminó al frente y abrió la puerta de la habitación. Esperó a que el chófer, que no entendía nada de lo que sucedía, abandonase la estancia antes de salir tras él.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, el oficial retomó el interrogatorio.

— ¿Recuerdas si Jason O'Brien te obligó a subir al coche, Grace?

La muchacha volvió a negar.

— No lo recuerdo — musitó, sollozando.

Arianna no podía creer lo que estaba escuchando...

En aquellos instantes, odiaba al chico de ojos verdes por encima de cualquier cosa, pero no podía creer lo que su hermana estaba dispuesta a hacer por no regresar al internado.

¡¿Estaba loca?!

Jason les había salvado la vida a ambas y por dolorosa que hubiera resultado su traición, sabía que no merecía aquellas palabras tan indecorosas.

— ¿Podrías decirme si Jason O'Brien te obligó a mantener relaciones sexuales con él en contra de tu voluntad?

Viviane soltó un grito de horror y Ari se levantó del asiento, asqueada.

— No lo recuerdo...

— ¡GRACE! — chilló Arianna, sin poder procesar las palabras de su hermana.

¿Cómo podía ser tan sinvergüenza? ¿Tan mezquina? ¿Tan cruel?

Aquello no estaba bien. ¡Jason la había salvado!

— Viviane — dijo Franck, dirigiéndose a su mujer con el tono de voz impasible — , saca a nuestra hija de aquí y baja a esperarnos fuera. Ve a la cafetería.

Ella, obediente, agarró con una temblorosa mano a su hija y se encaminó hacia la puerta. Rezaba porque aquel chico no hubiese sido capaz de aprovecharse de Grace y rezaba porque, si lo hubiese hecho, ella jamás recuperase la memoria de lo ocurrido y pudiera olvidar todos los sucesos.

Se arrimó más a su hija, que parecía todavía conmocionada que ella, y le besó la frente.

— Vamos a esperarles abajo, cariño — susurró con las pocas fuerzas que albergaba.

No había sido una noche sencilla; llevaba horas sin dormir, esperando con ansia el final feliz que cualquier madre hubiese deseado para poder, por fin, descansar. Y aquel no era el ansiado final.

Pasaron por delante del policía y de Jason, que ambos cabizbajos, esperaban tras la puerta.

Arianna no fue capaz de levantar la mirada hacia él, pero cuando se acercaban a las escaleras, recordó que aún apesaba su teléfono bajo el puño y se detuvo.

— ¿Qué ocurre, hija?

Ella no respondió.

Abrió la tapa, leyó el mensaje y, templándose a sí misma los nervios, caminó hacia el irlandés.

— Tú teléfono — bisbiseó, tendiéndole el aparato — . Has recibido un mensaje.

Sin dejarle tiempo para responder, se dio la vuelta y regresó hacia su madre con rapidez.

Lo que había sucedido entre Jason y ella, por fin, estaba más que olvidado.

# 14

Arianna Townsend siempre se había caracterizado por su frialdad y su poca emotividad. Para algunas personas, aquellas cualidades no resultaban atractivas o positivas, pero ella sabía que eran armas que poca gente era capaz de poseer. Armas importantes si una mujer esperaba mantenerse a salvo y que nadie, ni nada, fuera capaz de dañarla.

Había perdido aquellas armas, pero estaba dispuesta a luchar por recuperarlas tanto como fuera posible.

— ¿Te encuentras bien, hija?

Viviane, impactada, somnolienta y cansada, no quitaba la vista de Arianna. Parecía realmente afectada por la situación, lo cual no llegaba a comprender.

Ella asintió en silencio y, segundos después, añadió.

— Jason O'Brien no es un hombre que, precisamente, me agrade... Pero sé que no le ha hecho nada malo a Grace.

No pensaba delatar a su hermana, estaba segura de que tarde o temprano la verdad se destaparía por sí sola y tampoco pensaba luchar por defender a alguien como Jason. Alguien que la había intentado destruir a ojos de la sociedad, alguien que había sido capaz de causarle tantísimo dolor.

Viviane se arrimó más a ella, estirando la mano para tocar su brazo en señal de apoyo.

— No tienes que preocuparte por nada, papá resolverá este asunto de la mejor manera posible.

Arianna asintió.

Quería mucho a su padre y siempre había deseado lo mejor para su familia, pero sabía de buena mano cómo resolvían los Townsend, desde hacía varias generaciones, los asuntos privados de la familia de los que nadie debía enterarse.

Viviane se levantó de un saltó y clavó la mirada en el fondo de la cafetería.

Arianna la imitó y comprobó que Steve Lowell se acercaba con paso firme hacia ellas.

En aquellos instantes, se preguntó qué demonios estaría haciendo aquel hombre allí, junto a ellos. Era un asunto familiar y le extrañaba que su padre hubiese permitido su presencia.

— Querida Viviane — susurró en voz baja, besando la mejilla de la mujer — , Franck me ha pedido que te avise de que todo ha terminado. Quiere que lleve a Arianna a Manor House y me ha encargado comunicarte que a ti te esperará en la habitación, con Grace. Será mejor que hoy paséis la noche junto a ella.

— Gracias, Steve.

Arianna los escrutó.

¿Desde cuándo su madre y Lowell se tuteaban? Aquello era una novedad.

La joven no dijo nada; simplemente aceptó la situación con la mayor integridad posible.

Tardaría muchos días en olvidar todos los acontecimientos que habían tenido lugar aquella noche y, mientras caminaba hacia el parking y aspiraba el caro y elegante aroma del perfume de Steve, se preguntaba qué habría sido de Jason y cuántas mentiras más habría contado su hermana.

Lowell pulsó el botón del mando y el coche familiar de los Townsend parpadeó junto con un pitido, abriendo sus puertas. El chico, caballeroso, se adelantó a Arianna para abrir la puerta del copiloto y, cuando está sonrió débilmente en señal de agradecimiento, murmuró.

— Siento mucho todo lo que ha sucedido hoy.

Ella no respondió.

También lo sentía.

Se apretó la americana con fuerza, procurando controlar el frío que había calado en sus huesos, cuando comprendió que aquella prenda no era suya. Era de él; de Jason

Suspiró hondo y cerró los ojos, agotada.

— ¿Te encuentras bien? — inquirió Steve.

— Sí, estoy bien — respondió con rapidez — , sólo estoy cansada.

Satisfecho con la respuesta de la chica, Lowell arrancó el vehículo y rodeó el parking para dirigirse a la salida.

Cuando traspasaron las columnas de los aparcamientos y se acercaron más a la zona de urgencias y personal especializado, Arianna se pegó al cristal sin poder procesar la imagen estaba teniendo lugar en el exterior, mientras ella regresaba a su hogar sana y salva.

Jason O'Brien era arrestado y llevado a comisaría en el coche patrulla.

Sintió que se quedaba sin saliva y que un repentino mareo la dejaba K.O en el asiento.

¿Qué demonios había hecho su horrible hermana?



# 15

*“Anoche disfruté muchísimo contigo. Estoy deseando volver a verte, Lucy”.*

La joven cocinera pulsó el botón de enviar mientras se subía al autobús rojizo que la llevaría, como todas las mañanas, hasta Castle Combe.

No solía despertarse de buen humor y los madrugones lograban malhumorar buena parte de sus horas laborales, pero aquella mañana era incapaz de borrar la sonrisa de su rostro.

Después de las muchas horas que había sufrido lamentándose por el repentino distanciamiento entre Jason y ella, el encuentro repentino de la noche anterior había significado un soplo de aire fresco y de esperanza.

Y no sólo eso, si no que las ganas de regresar a Manor House se le habían incrementado. En pocas horas, esperaba encontrar al sexy y sensual chófer vestido con aquel atractivo uniforme en su cocina, dispuesto a empotrarla contra la mesa y hacerla suspirar de placer.

— ¿Desea ticket? — preguntó el conductor, mientras ponía en marcha el vehículo.

— No hace falta — sonrió con amabilidad.

Sí, aquella mañana se sentía la persona más dichosa de Inglaterra.





**CONTINUARÁ...**

# Conclusión

Por último...

¡Gracias a ti, lector, por haber descargado y leído mi libro!

Estaré encantado de leer tu opinión en Amazon, así que no te olvides de escribirla.

Atentamente,

Christian Martins.

# **SOBRE EL AUTOR**

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre sus novelas!

## **OTROS TITULOS DEL AUTOR**

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

### **TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”**

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado

su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

## **NOSOTRAS (JUNIO 2017)**

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»

## **ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)**

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



## **MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)**

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»

## **BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)**

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»

## **SOLO TUYA (ABRIL 2017)**

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo que pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

## **SERÉ SOLO PARA TI (FEBRERO 2017)**

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»